

**UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL**

Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación

Carrera de Psicología Clínica

TEMA:

**Construcción de la feminidad de Elizabeth Bennet en la novela
Orgullo y prejuicio de Jane Austen**

AUTOR:

Donoso Puyol, Doménica Morela

**Trabajo de titulación previo a la obtención del título de
Licenciada en Psicología Clínica**

TUTOR:

Rojas Betancourt, Rodolfo Francisco

Guayaquil, Ecuador

13 de marzo de 2019



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación

CERTIFICACIÓN

Certificamos que el presente trabajo de titulación fue realizado en su totalidad por **DONOSO PUYOL, DOMÉNICA MORELA**, como requerimiento para la obtención del título de **LICENCIADA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA**.

TUTOR

f. _____
Psic. Rojas Betancourt, Rodolfo Francisco, Mg.

DIRECTOR DE LA CARRERA

f. _____
Psic. Colamarco Galarza, Alexandra Patricia, Mg.

Guayaquil, a los 13 días del mes de marzo del año 2019



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación
Carrera de Psicología Clínica

DECLARACIÓN DE RESPONSABILIDAD

Yo, **DONOSO PUYOL, DOMÉNICA MORELA**

DECLARO QUE:

El Trabajo de Titulación, **CONSTRUCCIÓN DE LA FEMINIDAD DE ELIZABETH BENNET EN LA NOVELA ORGULLO Y PREJUICIO DE JANE AUSTEN** previo a la obtención del título de **LICENCIADA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA**, ha sido desarrollado respetando derechos intelectuales de terceros conforme las citas que constan en el documento, cuyas fuentes se incorporan en las referencias o bibliografías. Consecuentemente este trabajo es de mi total autoría.

En virtud de esta declaración, me responsabilizo del contenido, veracidad y alcance del Trabajo de Titulación referido.

Guayaquil, a los 13 días del mes de marzo del año 2019

EL AUTOR

f. _____
Donoso Puyol, Doménica Morela



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación

Carrera de Psicología Clínica

AUTORIZACIÓN

Yo, **DONOSO PUYOL, DOMÉNICA MORELA**

Autorizo a la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil a la **publicación** en la biblioteca de la institución del Trabajo de Titulación, **CONSTRUCCIÓN DE LA FEMINIDAD DE ELIZABETH BENNET EN LA NOVELA ORGULLO Y PREJUICIO DE JANE AUSTEN**, cuyo contenido, ideas y criterios son de mi exclusiva responsabilidad y total autoría.

Guayaquil, a los 13 días del mes de marzo del año 2019

LA AUTORA:

f. _____
Donoso Puyol, Doménica Morela

18 de febrero de 2019.

INFORME DE PLAGIO

URKUND	
Document	Construcción de la feminidad de Elizabeth Bennet en la novela Orgullo y prejuicio de Jane Austen.docx (D48068689)
Submitted	2019-02-18 16:47 (-05:00)
Submitted by	domedonos@gmail.com
Receiver	rodolfo.rojas.ucsg@analysis.orkund.com
	0% of this approx. 45 pages long document consists of text present in 0 sources.

TEMA: Construcción de la feminidad de Elizabeth Bennet en la novela Orgullo y prejuicio de Jane Austen

ESTUDIANTE: Doménica Morela Donoso Puyol.

CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

Revisor: Psic. Cl. Rodolfo Francisco Rojas Betancourt, Mg.

Firma: _____

AGRADECIMIENTO

A mi familia, por todo lo que tuvieron que sacrificar para que yo pueda tener una educación de calidad.

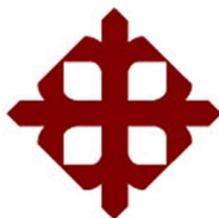
A mi tutor, por tener paciencia y motivarme a explorar los lugares más recónditos de mi ingenio e inteligencia.

A mis más cercanas amistades, por impulsarme a dar todo de mí y darme ánimos cuando parecía que todo se volvía imposible.

A Dios, por el simple hecho de hacerme existir.

DEDICATORIA

A mi mamá,
porque todo lo que soy y seré
te lo debo a ti.



**UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL**
Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación

TRIBUNAL DE SUSTENTACIÓN

f. _____

Psic. Alexandra Galarza Colamarco, Mg.
DECANO O DIRECTOR DE CARRERA

f. _____

Psic. Tatiana Torres Gallardo
COORDINADOR DEL ÁREA O DOCENTE DE LA CARRERA

f. _____

Psic. Sonia Rodríguez Jaramillo, Mg.
OPONENTE

Índice

Justificación	2
Introducción	5
Capítulo I: Metodología	8
Enfoque y técnicas de recolección de datos	8
Técnicas e instrumentos principales.	9
Objetivos	12
Objetivo general.	12
Objetivos específicos.	12
Muestra	12
Preguntas de investigación	13
Tipo de diseño	13
Capítulo II: Marco teórico	14
Las orientaciones hacia la feminidad	14
Histeria y feminidad	14
Sexualidad femenina	16
El Otro goce.	17
Jane Austen, vida y obra.	18
Jane Austen, Orgullo y prejuicio.	19
Capítulo III: Análisis del caso	31
Elizabeth Bennet: recorrido hacia la feminidad	31
Viñeta Clínica.	44
Conclusiones	49
Recomendaciones.	54
Referencias bibliográficas	55

Resumen

El siguiente trabajo de investigación bibliográfica tiene como fin ilustrar las respuestas frente a la pregunta por la feminidad que tiene cada mujer en particular, tomando como referencia una obra literaria: *Orgullo y Prejuicio* de Jane Austen. Este libro fue escogido debido a que la mayoría de los personajes que conforman la historia son mujeres, y cada una evidencia de manera específica su manejo con lo que consideran debería ser o hacer una mujer. El planteamiento por excelencia sobre el cual se basa este trabajo es la famosa frase de Lacan “La mujer no existe”, ya que este se refiere a que no hay Una que sea La Ideal, sino más bien, cada una idealiza lo que considere debería ser, y en el mejor de los casos, toma de sí misma aquello que la hace una mujer logrando así edificar sus elecciones de objeto y de goce valiéndose de su propia falta en lugar de taponarla. Elizabeth Bennet, protagonista de la historia mencionada, hace un recorrido lleno de cuestionamientos sobre lo que le conviene y lo que no, a diferencia del resto de los personajes que parecen tener muy claro lo que son y lo que necesitan. Para ser mujer, es necesario preguntarse qué es una mujer. La obra literaria no plantea directamente esta pregunta, pero el fin de este trabajo consiste en realizar una viñeta puntualizando los momentos en los que Elizabeth se veía dividida entre sus creencias y elecciones y cómo esto la llevó a entender qué era lo que ella necesitaba para ser feliz como mujer.

Palabras clave: feminidad, mujer, histeria, elección, ser, tener, falta.

Abstract

The following bibliographical research work is intended to illustrate the answers to the question about the femininity of each woman, taking as reference a literary work: *Pride and Prejudice* by Jane Austen. This book was chosen because most of the characters that make up the story are women, and each one evidences in a specific way how they handle what they think a woman should be or do. This work is based on Lacan's famous phrase "The woman does not exist", since it refers to the fact that there is not one woman that is the Ideal, but rather, each one idealizes what she considers one should be, and in the best of case scenario, she takes from herself what makes her a woman, thus achieving to build her choices of object and enjoyment by using her own fault instead of plugging it. Elizabeth Bennet is the main protagonist of the story, and she takes it upon herself to question what is best for her and what is not, unlike the rest of female characters, who seem to have very clear who they are and what they need. To be a woman, it is necessary to ask what a woman is. The literary work does not directly raise this question, but the purpose of this work is to make a vignette detailing the moments in which Elizabeth was divided between her beliefs and choices and how this led her to understand what she needed to be happy as a woman.

Key words: femininity, woman, hysteria, choice, to have, to be, fault.

Justificación

Freud y Lacan se acercan a la cuestión de la feminidad de distintas formas. Por un lado, Freud se apoya más en la histeria y las soluciones fálicas, dejando abierto el campo de lo propiamente femenino, lo cual resultaba enigmático para él en esa época. Lacan, por otro lado, hablará de un más allá, un no sentido sobre el cual se sostiene lo propiamente femenino. Freud piensa la feminidad a partir del carácter masculino y reconoce que este resulta insuficiente y parcial, puesto que no se aproxima a lo femenino en sí (Arca, Bousoño, Mazzoni, & Naparstek, 2016, p. 34). Considera que en esta división en la vida sexual de la mujer (una del lado masculino, y la otra del lado femenino) hay una transición de una fase a la otra, lo cual no sucede en el hombre dado que su posición es netamente fálica.

Freud reconoce que la mujer no está regida completamente por el falo, y a diferencia del hombre que nace dentro de esta lógica, la mujer se inscribe dentro de ella bajo la premisa del no tener. Será el famoso planteamiento del *penisneid*, en el que la niña sabe del pene, que no lo tiene y que lo quiere. Aquí recae la mayor diferencia entre Freud y Lacan, puesto que Freud plantea que este problema se solucionará con la maternidad, donde la niña sustituirá su deseo del pene por un hijo (Arca et al., 2016, p. 34). Esta es, para Freud, la gran solución al problema de la feminidad, la mejor de las tres formas posibles en las que una niña podrá introducirse en el Edipo. Pero esta solución tiene una índole bastante histérica en tanto la respuesta sigue siendo fálica ya que sigue la vía de la sustitución. Aquí es donde entra Lacan introduciendo una nueva vía de soluciones femeninas basadas en su particularidad, más allá del falo y de lo que este pueda proveer.

Lacan habla de la negativización del falo, un más en un menos, el centro y ausencia donde se ubica una mujer. Sabe del falo y sabe que no lo tiene, pero, a diferencia de lo que plantea Freud, lo que busca es dejar eso a un lado y hacer con lo que no tiene, lo cual no es menos goce por ser un goce en ausencia (Arca et al., 2016, p. 35). La feminidad, lo propiamente femenino, forman parte de la clínica de lo real en tanto ambos comparten su carácter de imposibilidad de ser representados. Decir que “no hay” La mujer o que “La mujer” no existe es equivalente a abrir una dimensión de invenciones y singularidades (Salman, 2013, p. 33).

Lacan definirá su tesis de la feminidad sobre el planteamiento de que la posición realmente femenina es aquella que consiente la falta y soporta, así como su propia barradura, la barradura del Otro. Es por esto por lo que no puede definir qué desea una mujer, pero sabe que su deseo se orienta por el lado del amor. Miller desarrollará más este punto articulando el amor

a la palabra, destacando que el amor es ilimitado y está, como el goce femenino, más allá del tener donde no hay un falo limitante. El amor se resiste al sentido, es contingente y no se sabe de él, solo se siente (Arca et al., 2016, p. 35).

Entre Freud y Lacan se pueden contrastar los conceptos de histeria y feminidad. Freud, obviamente, se basa en la histeria, rigiéndose bajo sus soluciones fálicas que solo conciben al sujeto bajo la lógica del sentido. Por otro lado, Lacan desarrolla la premisa de Freud de lo que está más allá del falo, que no está articulado al padre, y, por ende, al sentido, haciendo énfasis en un goce deslocalizado y desarticulado del síntoma y fantasma. Es una posición infinita que no se inscribe en el lazo social, está por fuera del Otro (Arca et al., 2016, p. 35).

Hacerse mujer y preguntarse qué es una mujer son dos cosas distintas y hasta cierto punto contrarias. Si se pregunta es porque no se es y no se llega a serlo. Podría decirse que el cuestionarse va más por el lado de la feminidad y el autoafirmarse como mujer va por el lado de la histeria. Sin embargo, tanto histeria como feminidad son dos formas distintas de relacionarse con el falo y de hacer con ese menos que tienen todas las mujeres.

El presente trabajo de investigación bibliográfica tiene como objetivo ilustrar la feminidad de la que habla Lacan, los cuestionamientos y las soluciones particulares que tiene cada mujer frente al enigma de lo femenino, y contrastarlo con las soluciones histéricas de Freud, para así justificar la tesis lacaniana de que “La mujer no existe”. Entender la inexistencia de La mujer es de suma importancia para la clínica psicoanalítica ya que abre un abanico de posibilidades y soluciones singulares a la pregunta por la feminidad, las cuales deben ser abordadas por los analistas, psicólogos o terapeutas desde su particularidad. Decir que no hay La mujer es decir que, a diferencia de los hombres, no existe un referente simbólico que las represente. Las mujeres están del lado de lo real, por lo que hay que abordarlas desde esta clínica si se aspira llegar a decir algo de cada una en su singularidad. Además, este trabajo se basa en el análisis de una obra literaria para demostrar la efectividad del arte, específicamente de la literatura, de plasmar la realidad, lo real de un sujeto frente a su encuentro con la verdad, su verdad. Así lo hizo Freud con Hamlet, Lutterbach con Anna Karenina, Lacan con Joyce, y otros autores que basaron o inspiraron sus estudios en personajes de obras literarias debido a la riqueza de contenido que estos ofrecían para justificar sus tesis.

Se pretende que, con la realización de este proyecto de investigación, se aproveche la relación íntima entre Psicoanálisis y Literatura, teniendo en cuenta la riqueza teórica que se puede obtener de su asociación. Existen personajes literarios que se han convertido en íconos,

modelos y hasta ídolos para la sociedad, y sería interesante que se los estudie y se los analice desde una perspectiva psicoanalítica que permita dilucidar el porqué de su popularidad. En este caso específico, se tomó a Elizabeth Bennet, el personaje más famoso de todas las obras de la escritora Jane Austen, puesto que su singular forma de ser contrastaba con la del resto de mujeres de la época, y esto llamó la atención de lectores de todo el mundo y dio la apertura a que se realice este trabajo con el fin de hacer un análisis a fondo sobre su particularidad y por qué resulta tan llamativo que una mujer se diferencie del resto.

Introducción

Lacan habla de las mujeres, en plural. Toma ese imposible de descifrar sobre el que se cimienta la pregunta “¿Qué quieren las mujeres?”, destacando su respuesta singular ante su encuentro con la no relación sexual, y cómo elaboran una solución a modo de goce que logran traducir en su vida y en su cuerpo. A Lacan le interesa la posición que las mujeres asumen ante el horror a la feminidad, que, a diferencia de la significación fálica, no evidencia la distinción de los sexos, no nombra, no significantiza (da sentido y simboliza), está más del lado de lo real, del sinsentido. “Lo femenino aspira a tomar múltiples formas porque lleva en sí la nostalgia de lo infinito. A través de ella, lo femenino busca [...] decir lo infinito que no es su propio misterio” (Cheng, citado por Tarrab, 2012, p. 10).

La feminidad es lo que no se sabe de la sexualidad, y lo que logra saberse es eso que no es. Por eso Lacan dice que preguntar por lo que quiere una mujer y ser una mujer son cosas muy distintas. Por esa razón afirma que las histéricas no son mujeres. Para ello hay que tener en cuenta que las mujeres tienen una posición de duplicidad que les permite acceder tanto al goce fálico como al goce suplementario o femenino. La histérica, por ejemplo, usa la identificación viril como excusa para “gozar” del falo, dejando fuera el sexo femenino, su sexo. Otra estrategia que suele usar la histérica es la de ceder la posición femenina a otra mujer, que encarna para ella el misterio de la feminidad, alejándose así del continente misterioso que es lo femenino respondiendo con un significante fálico que toma de otra (Cors, 2013, pp. 121-123). Es como si se basaran en una *biografagem*: “escritura ficcional, fantasma creado para velar lo real, tanto en el sentido de esconder como de cuidar, propiciar su función sin causar horror” (Lutterbach, 2012, p. 24).

Hay otras mujeres que se misman en el Otro, lo cual quiere decir ser Otro para sí mismas, que se da luego del encuentro con un *partenaire*, que a su vez le ayudó a encontrarse consigo misma. Esta es una respuesta ante lo real de la feminidad: servirse del Otro para convertirse en Otra para sí misma y para ese Otro (Cors, 2013, pp. 121-123). En otras palabras, saberse castrada, saber que el Otro está castrado, pero tolerar esas faltas y aprender a vivir con ello.

En cuanto al goce femenino, es necesario que el cuerpo esté mortificado por el significante para ser sustancia gozante, debe estar vaciado en su dimensión de estar vivo. El cuerpo se corporiza al ser significantizado (término que se refiere a la inclusión del significante en el organismo). Así, como se eleva lo propiamente femenino al estatuto de Cosa, y hay allí un vacío real que va más allá del significante y del sentido, deviene un goce imposible que solo

es domable por medio del lenguaje, de la palabra. El goce femenino, entre centro (porque está) y ausencia (porque está excluido en la exterioridad), puede orientarse por dos vías: por un lado se va por la erótica del amor cortés, de índole masculina, en la que se ubica a la dama en el lugar de La Cosa, se idealiza y solo se alcanza por medio de la sublimación (las palabras del amor); por otro lado está la erótica de lo trágico, más propia del goce femenino como tal, donde lo simbólico y lo imaginario no están presentes para mitigar ese goce, haciendo que el encuentro con La Cosa sea pura pulsión de muerte, más allá del principio del placer. Si bien es cierto, el goce se sostiene en el Uno, pero se limita o encuentra sus recortes por los significantes que provee el Otro (Lutterbach, 2012, pp. 78-80). El goce femenino es una forma de subjetivar la sexualidad que está por fuera de la lógica del falo (Lutterbach, 2012, p. 51).

Es importante destacar la importancia del amor para las mujeres. Es a través de este que se puede dar lo más próximo a la relación sexual (que no existe). Es, como el goce femenino, una experiencia mítica que toma formas locas y variadas, pero aun así indescriptibles (Lutterbach, 2012, pp. 51-52).

El presente trabajo está dividido en cuatro partes. En el primer capítulo se desarrollará netamente la metodología. Se especificarán el enfoque y las técnicas de recolección de datos aplicadas en el proyecto de investigación, así como las técnicas e instrumentos principales aplicados. También se establecerán los objetivos sobre los cuales se cimentará el trabajo, se seleccionará una muestra y se elaborarán las respectivas preguntas de investigación. Finalmente, se designará el tipo de diseño de investigación para así delimitar los ítems necesarios de cubrir.

El siguiente capítulo consta del marco teórico, donde se desarrollarán los conceptos principales sobre los cuales se orientará el trabajo de investigación. Específicamente, se tratarán temas relacionados a la feminidad y la histeria, como las orientaciones a la feminidad, la sexualidad femenina y el Otro goce. También se hará un breve recorrido sobre el libro *Orgullo y prejuicio*, al cual se aplicarán los conceptos desarrollados, así como sobre la autora de este, Jane Austen, para contextualizar la trama de la historia.

En el tercer capítulo se realizará un extenso análisis del caso, donde se hará un detenido seguimiento a la construcción de la feminidad de la protagonista de la historia (Elizabeth Bennet) y se realizará un análisis comparativo entre las soluciones a la pregunta por el qué es ser mujer con diferentes mujeres de la historia. Finalmente, se construirá una viñeta clínica en la cual se articularán la riqueza de la historia y teoría psicoanalítica, para así delimitar el

recorrido de Elizabeth hacia una feminidad “normal”, tomando en cuenta sus limitaciones, fortalezas y cuestionamientos que la llevan a una resolución.

En el último capítulo se trabajarán las conclusiones a las que se llegó luego del desarrollo de esta investigación y se plantearán recomendaciones que permitan contribuir a próximos trabajos similares.

Capítulo I: Metodología

Enfoque y técnicas de recolección de datos

El presente proyecto de investigación se rige bajo un enfoque cualitativo considerando que este “utiliza la recolección y análisis de los datos para afinar las preguntas de investigación o revelar nuevas interrogantes en el proceso de interpretación” (Hernández, 2014, p. 7). Dentro de este enfoque hay una realidad, una subjetividad que descubrir, construir e interpretar. Los trabajos de aproximación cualitativa se caracterizan por un planteamiento de problema no específico que se va moldeando a medida que se despliega la investigación y la teoría que se pretende desarrollar surge del análisis de los datos recolectados. En otras palabras, la investigación cualitativa se basa en un proceso inductivo en el que se exploran, describen y generan perspectivas teóricas. Va de lo particular a lo general, del caso por caso a una perspectiva más general, razón por la cual en este tipo de estudios no se comprueban hipótesis, sino que se generan a lo largo del proceso. La recolección de datos en el enfoque cualitativo no es estandarizada, es decir, no está predeterminada sino que consiste en recoger perspectivas, significados, experiencias, y otros aspectos subjetivos. Su respaldo está, como se mencionó anteriormente, en el caso por caso (Hernández, 2014, pp. 7-10).

En este estudio específicamente, el problema o planteamiento que se busca dilucidar es la pregunta sobre la feminidad y cómo cada mujer la resuelve de manera distinta en base a una pieza de la literatura clásica, *Orgullo y Prejuicio* de la novelista Jane Austen, quien contrasta en sus obras la forma en que jóvenes mujeres logran, a lo largo de la historia, construir sus propias respuestas en lo que concierne a la pregunta por el qué es ser mujer.

Una de las características más importantes de la investigación cualitativa es que postula que la realidad no es objetiva, sino más bien específica para cada sujeto y puede modificarse. Es quien realiza el estudio el que va construyendo el conocimiento al ser parte del fenómeno estudiado, tomando en cuenta la particularidad de los implicados. Los resultados de las indagaciones cualitativas no buscan generalizar, sino más bien demostrar que hay una manera única de ver al mundo debido a que cada quien lo construye y lo concibe a su manera por el inconsciente y sus experiencias.

Esto no quiere decir que el enfoque cualitativo pueda ser llevado a la ligera, puesto que no se trata de un relato de experiencias de vida. Hay una serie de pautas que el investigador debe cumplir para que su trabajo cumpla con los requisitos necesarios para darle el valor de una

investigación científica, los cuales son los siguientes: adquiere sus conocimientos desde “dentro”, pero mantiene su postura analítica como observador; hace uso de técnicas e instrumentos de investigación dependiendo de lo que sea pertinente con su trabajo; produce y genera datos y descripciones detalladas; desarrolla cierta empatía para con los sujetos estudiados; analiza aspectos tanto explícitos como implícitos, conscientes e inconscientes, manifiestos y latentes, en tanto considera la realidad subjetiva como un objeto de estudio; y observa los eventos o sucesos sin alterarlos (Hernández, 2014, pp. 10-13).

Técnicas e instrumentos principales.

Las técnicas de recolección de datos empleadas en este proyecto fueron las siguientes:

- Investigación bibliográfica

Se refiere a la revisión de documentos por medio de una investigación bibliográfica de diversos tipos de textos, tales como libros, documentos académicos, actas, informes, revistas, documentos personales, entre otros (Münch & Ángeles, 1998, p. 51). Los documentos que serán revisados para ese estudio son de índole literaria, psicoanalítica y biográfica.

- Elementos para la teoría de lectura

Se refiere a la correlación de los tres tiempos de la lectura, intratextual, intertextual y extratextual, que serán definidos a continuación.

Lectura intratextual [...] primer tiempo de lectura, forma ésta que aspira a investigar un texto, una obra, un autor, etc., para intentar establecer, sólo desde el texto mismo, lo que éste dice [...] Lectura intertextual [...] segundo tiempo en el cual se pretende cotejar y someter a discusión enunciados de dos o más textos, de un solo autor o de varios [...] Lectura extratextual [...] tercer tiempo, el cual pretende ubicar un enunciado, o un conjunto de éstos, como marco teórico explícito en el cual se supone debe inscribirse la lectura del texto de base. (Pérez, 1998, p. 239)

Estos tres tiempos de lectura se asocian con los tres tiempos lógicos establecidos por Lacan: 1) el instante de ver; 2) tiempo para comprender; 3) y el momento de concluir. El primero es el momento inicial de confrontación con el objeto, donde surgen las hipótesis y suposiciones provisionales. El segundo tiempo ya comprende un análisis, cuestionamientos, adición de nuevos elementos que antes no fueron captados. Finalmente está el tiempo de

interpretar, que franqueará las hipótesis iniciales accediendo a un real. El instante de ver vendría a ser la lectura intratextual, donde hay una percepción global del objeto. El tiempo de comprensión es el de la lectura intertextual, en el que se definen las relaciones que lo construyen, se analiza la producción del sentido y sus inconsistencias y los significados que lo han constituido. Finalmente, en el momento de concluir, se interpreta, a partir del análisis y recolección de lo que se ha obtenido en los tiempos previos, una lectura extratextual (Pérez, 1998, pp. 239-240).

Litera, sensus y sententia. Miller describe estos términos, estas partes del texto, como el nivel de comprensión, el más gramatical (*litera*), el significado en su forma más explícita y fácil (*sensus*), y la inteligencia profunda de la significación (*sententia*). Al igual que en los tres tiempos, cada uno cumple una función en el análisis de un texto. “En *litera* la letra, la literalidad rige. En el *sensus* el desciframiento es el objetivo. En la *sententia* la construcción” (Pérez, 1998, p. 242).

Freud, sin darse cuenta, aplica el método para la teoría de lectura en su tomo XIV, en el texto Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico, donde hace un análisis intratextual, intertextual y extratextual sobre Macbeth, obra de Shakespeare y en el drama *Rosmersholm*, de Henrik Isben, para sustentar su tesis acerca de las formaciones sintomáticas a partir de experiencias triunfantes. A continuación, se indagará un poco más sobre la obra shakespeariana.

La lectura intratextual, como se sabe, son las citas textuales que Freud toma del texto, lo literal, lo escrito que se aborda como tal y queda a libre interpretación del lector. En Macbeth, Freud toma el monólogo de Lady Macbeth antes de su muerte, donde expone fervientemente su deseo de morir. Ahora, la lectura intertextual se da cuando Freud interpreta este discurso a raíz de su arrepentimiento por el crimen cometido sobre su predecesor. También hace una interpretación acerca del mismo Macbeth, con una aseveración que Shakespeare ni si quiera menciona en la obra, pero que Freud considera como parte de su preocupación en lo que concierne a la pérdida del trono: “Es verdad que en la crónica de Holinshed no se dice expresamente que su falta de hijos lo empujara por ese camino, pero en ella queda tiempo y espacio para esa sugerente motivación” (Freud, 1984, p. 329). Más adelante en el capítulo, Freud expone una última interpretación como parte de la lectura extratextual, basándose en Macbeth y *Rosmersholm* en la cual justifica parte de su teoría psicoanalítica: “El trabajo psicoanalítico enseña que las fuerzas de la conciencia moral que llevan a contraer la enfermedad

por el triunfo, y no, [...] por la frustración, se entraman, de manera íntima con el complejo de Edipo” (Freud, 1984, p. 337).

La lectura intratextual para este estudio vendría a ser sobre la obra *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen y se tomarán los datos de esta de manera explícita y concreta. La lectura intertextual consistiría en contrastar la teoría psicoanalítica con textos de esta índole con la obra literaria. Por último, la lectura extratextual sería la interpretación o hipótesis generada a partir del análisis del texto con los conceptos revisados.

- Biografías e historias de vida

“Las biografías o historias de vida son narrativas de: a) la vida de un individuo, b) pasajes o épocas de su existencia o c) uno o varios episodios, experiencias o situaciones de las personas, vinculadas con el planteamiento del problema” (Hernández, 2014, pág. 9). A partir de estas se obtiene información valiosa sobre los sujetos de estudio y dan cabida a la interpretación de determinados aspectos de su vida a lo largo del tiempo. Se considerarán en este estudio tanto la biografía de la autora de la obra literaria como la de la protagonista, para a partir del contexto, entender o sustentar su postura ante el tema a analizar: la femineidad.

- Viñeta clínica/construcción de caso clínico

Una viñeta clínica consiste en un breve escrito que articula lógica y relato e ilustra la articulación de la teoría psicoanalítica aplicada en la práctica clínica. Usualmente se basa en una idea que el practicante, psicólogo o terapeuta se cuestiona, le hace ruido o intenta comunicar (Rojas, 2018).

Para realizar correctamente una viñeta clínica orientada a la construcción de casos es necesario definir una idea principal y sustentarla con las ideas secundarias que sean necesarias respaldadas con citas teóricas que apliquen para cada caso. Más que una descripción fenoménica, se trata de un comentario estructurado (introducción, desarrollo y desenlace).

A lo que se pretende llegar con el presente proyecto de investigación es a la construcción de una viñeta clínica sobre Elizabeth Bennet ilustrando su recorrido por la pregunta acerca de la femineidad.

Objetivos

Objetivo general.

Definir la feminidad en Elizabeth Bennet, un aclamado personaje de la literatura clásica de la obra *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen, mediante el desarrollo de una viñeta clínica para argumentar que la respuesta a la femineidad es única para cada mujer o lo que es lo mismo, que La mujer no existe.

Objetivos específicos.

1. Definir conceptos que contribuyan a la construcción de la viñeta clínica mediante la revisión bibliográfica pertinente al tema para la correcta elaboración de la misma en el presente trabajo de investigación.
2. Analizar la historia de la protagonista y cómo esta reacciona ante los sucesos ocurridos determinando los momentos que para ella resultan traumáticos y la llevan a conductas sintomáticas para puntualizar así en la viñeta qué fue lo que la llevó a cuestionarse sobre la feminidad.
3. Detallar cómo la protagonista encuentra y construye sus respuestas frente al qué es ser mujer mediante el análisis de la obra para ilustrar cómo para cada mujer las salidas a la feminidad son distintas y la respuesta ante el qué es ser mujer es única y se construye a partir de su propia falta.

Muestra

En un proyecto de investigación cualitativa, se considera a la muestra como aquel “grupo de personas, eventos, sucesos, comunidades, etc., sobre el cual se habrán de recolectar los datos, sin que necesariamente sea estadísticamente representativo del universo o población que se estudia” (Hernández, 2014, p.384). Así, el muestreo cualitativo consiste en “seleccionar ambientes y casos o unidades que nos ayuden a entender con mayor profundidad un fenómeno y aprender de éste” (Hernández, 2014, p.386).

Existen diversos tipos de muestreo dentro del procedimiento cualitativo. Este proyecto se registrará bajo una muestra teórica-conceptual, la cual se utiliza cuando el investigador necesita entender un concepto o teoría y hace uso de casos que le sirvan para este fin seleccionando las unidades que posean uno o varios atributos que contribuyan a formular su teoría (Hernández, 2014, p.389). El fin de utilizar un personaje ficticio como Elizabeth Bennet en este trabajo es

ilustrar cómo la respuesta a la femineidad es única para cada mujer y es esta misma quien genera sus propias respuestas ante el quehacer femenino.

Preguntas de investigación

1. ¿En qué consiste el desarrollo de una viñeta clínica para la construcción de un caso clínico?
2. ¿De qué manera incide la búsqueda de la femineidad en el caso planteado?
3. ¿Cómo se consiguen o generan respuestas ante la incógnita del ser mujer si no hay un referente específico?
4. ¿Por qué es útil construir una viñeta clínica sobre un personaje ficticio?

Tipo de diseño

En los trabajos de investigación de enfoque cualitativo se considera al diseño como el abordaje macro que se usará en el proceso de investigación (Hernández, 2014, p.470). El tipo de diseño que se empleará en esta investigación es el narrativo. En este se “contextualiza la época y lugar donde ocurrieron las experiencias y reconstruye historias individuales, los hechos, la secuencia de eventos y los resultados e identifica categorías y temas en los datos narrativos, para entretejerlos y armar una historia o narrativa general” (Hernández, 2014, p.487). Este tipo de diseño aplica para la presente investigación debido a que los datos para estructurar la hipótesis se tomarán de la narrativa de la historia literaria, tomando en cuenta las experiencias personales y sociales de la protagonista, la cronología de experiencias y hechos experimentados por esta y su lenguaje.

Capítulo II: Marco teórico

Las orientaciones hacia la feminidad

Freud propone tres orientaciones hacia la feminidad luego del “desenlace” del Edipo en la niña. Definirá a una de estas como “normal”, mientras las otras se dan como consecuencia a no saber hacer con la falta. Estas se describirán a continuación:

1. Renuncia a la sexualidad: Inhibición sexual o neurosis. Hay un extrañamiento con respecto a la sexualidad debido al *shock* de la niña frente a su falta en comparación con el varón, por lo que renuncia a su quehacer fálico, el cual incluye no solo la sexualidad en general, sino también a su virilidad, a su posición activa en otros campos (Schejtman, 2012, pp. 49-52).
2. Complejo de masculinidad: Histeria. Convicción de poseer el falo (en la fantasía) como forma de retener la masculinidad amenazada (Schejtman, 2012, pp. 49-52).
3. Complejo de Edipo positivo: Feminidad normal. Orientación hacia el padre, saber hacer con la falta, más allá de identificarse al falo (Schejtman, 2012, pp. 49-52).

Algo que estas tres orientaciones tienen en común es que encuentran su razón de ser en el falo.

Histeria y feminidad

Para Freud, histeria y feminidad se representan como complementarias, mientras que, para Lacan, la posición histérica y la femenina se encuentran en oposición.

Freud sostiene que la histeria es un rasgo de la feminidad. La ubica como una de las tres salidas femeninas respecto del encuentro con la castración, siendo las otras el retiro de la sexualidad y la feminidad normal. Las tres orientaciones tienen un rasgo de pasividad en común, lo cual es para Freud, característico de la feminidad en sí. Sin embargo, hace énfasis en la posición histérica debido al recorrido que esta supone que llevará a la mujer a su encuentro con la feminidad. “La histeria presupone necesariamente una vivencia displacentera primaria, vale decir, de naturaleza pasiva. La pasividad sexual natural de la mujer explica su predilección por la histeria” (Freud, 1986, p. 268). Freud mantiene un nexo entre histeria y feminidad basándose en la naturaleza pasiva del sexo femenino, refiriéndose a la represión de los componentes fálicos masculinos, que serían los activos.

La histeria [...] reintroduce en la mujer un fragmento de quehacer sexual que existió en la infancia y al cual en esa época se le podía discernir un carácter masculino [...] La neurosis histérica no responde sino a un sesgo excesivo de aquella típica oleada represiva que hace nacer a la mujer por remoción de la sexualidad masculina. (Freud, 1986, p. 211)

Contrariamente a Freud, Lacan plantea una oposición entre histeria y feminidad al sostener que volverse mujer y preguntarse qué es una mujer son cosas distintas. La pregunta por la mujer es la forma neurótica de autoafirmar que no hay una respuesta específica, y como toda pregunta, se soporta en una respuesta anticipada que se sustenta en términos de identificación o de fantasma. Esto quiere decir que cada mujer tendrá una respuesta distinta, y si esta se ubica del lado de la identificación, será la histérica interrogando a la feminidad desde una posición masculina, lo cual, es una de las salidas del complejo de castración. La histérica se identifica con un hombre al mismo tiempo que cede la posición femenina a alguna mujer capaz de encarnar lo que para ella sería el ser mujer (Schejtman, 2012, pp. 89-90). Esta respuesta fantasmática es lo que permite disimular aquel vacío en lo simbólico. Para Lacan, la histérica se caracteriza por no tomarse por la mujer (Lacan, 1969, p. 304).

La variante del sujeto histérico es que solo logra efectuar la estructura normal del relevo a condición de introducir a la otra mujer en lugar de volverse Otro para sí misma. En lugar de interrogar el misterio de la posición femenina, su propia alteridad, con la ayuda del hombre en posición fálica, la histérica lo interroga con La mujer que es convocada. No usa al hombre como relevo para abordar el Otro goce sino que interroga con el Uno fálico a la Otra mujer. (Tendlarz, 2013, p. 163)

Para Lacan, en la histeria hay una falta de identificación narcisista y la pregunta por la mujer surge de la imposibilidad de imaginarizar esa parte del cuerpo que está ausente. Esta falta de simbolización del sexo hace que la mujer pase por la identificación con el padre para aceptar su función femenina y realizarse subjetivamente como mujer (Tendlarz, 2013, p. 162).

“La mujer no tiene ser, por eso no existe como esencia. Lo que no impide que algo en ella le dé algún tipo de existencia” (Vieira, 2014, p. 23). Las mujeres son víctimas de un real irrepresentable, razón por la cual se localiza en imágenes de lo que está, pero no es. Se trata del goce Otro. Sin referentes ni limitantes. La feminidad tiene lugar en las encarnaciones de lo irrepresentable, en las figuras de lo femenino que dan cierto moldeamiento, pero finalmente

nunca encajan. No existe la simbolización del sexo femenino en sí. Lo imaginario solo proporciona una ausencia donde debería haber un símbolo, como se da en el caso de los hombres. Es por esto que “la prevalencia del falo fuerza a la mujer a identificarse con el padre en tanto que la forma imaginaria del falo está tomada como un elemento simbólico central del Edipo” (Tendlarz, 2013, p. 161).

La realización de la posición femenina tiene que ver con saber hacer con la nada, “volverse el Otro para un hombre, simbólicamente, sin adherencia a lo imaginario del Uno” (Tendlarz, 2013, p. 164). Esto se evidencia en la mascarada femenina, solo que se da de distintos modos en la histeria y en la feminidad “normal”. En la primera hay un deseo insatisfecho y se busca velar la falta con la identificación viril. En cambio, en la feminidad se preserva la falta para producir el amor y el deseo del hombre (Tendlarz, 2013, pp. 164-165). En la histeria se busca a La mujer porque teniendo este referente se podría ser La única. En la feminidad se busca ser la única para..., por lo que no hay una identificación específica sino que se aprende a hacer con lo que no se tiene.

Sexualidad femenina

Hombre o mujer son formas de inscribirse en relación con el predicado fálico en las fórmulas de la sexuación, lo que tendrá como efecto la elección del estilo de goce. El hombre se ubica en relación con el predicado fálico rectificando que la castración es válida para todos, menos para Uno. La predominancia que tiene el falo para la sexualidad masculina exige del *partenaire* el falo y desemboca en el goce fálico. Esto considerando que el hombre tiene como obstáculo el órgano, y usa parte de la mujer para gozar de su propio órgano. “El hombre nunca goza de la mujer, sino de una parte de su cuerpo que tiene prevalencia para cada quien” (Brodsky, 2004, p. 48). Es por esto que para los hombres, el fantasma es decisivo en su encuentro con la mujer debido a que este busca un recorte de su cuerpo que funcione como causa de deseo. Lo demás depende de si la mujer cumple o se ubica como dicha causa.

La mujer, en cambio, puede gozar de otra forma que prescinde del falo y de cualquier otro órgano limitante. Para Lacan, las mujeres tienen su goce, y su interés por el falo depende de su interés por el hombre. “Buscar el falo en el cuerpo del hombre es lo que hace del falo fetiche para la mujer” (Brodsky, 2004, p. 56). El goce de las mujeres no se condensa en un órgano, como es el caso del goce fálico. Para ellas, las palabras del amor tienen un lugar predominante, tienen un efecto de goce sobre el cuerpo. Podría hasta decirse que su interés por

el órgano está condicionado por las palabras del amor. Entonces, para la mujer, el goce se obtiene de la palabra y esto tiene un efecto sobre el cuerpo, aunque no necesariamente.

Dentro de las fórmulas de la sexuación, hay una imposibilidad lógica de cerrar el conjunto femenino, por lo que no se puede hablar de una universalidad como en el conjunto masculino. Hay una modalidad del no-todo, característica de la condición femenina que hace imposible definir como un todo a este conjunto, a La mujer (Camaly, 2017, pp. 111). Esto es lo que permite ubicar a La mujer como inexistente y singulariza a la sexuación femenina en tanto cada mujer debe arreglárselas para saber hacer con su falta.

A pesar de esto, Lacan teoriza lo que podría ser una “verdadera mujer” ubicando a la posición propiamente femenina como totalmente desinteresada en el ser y el tener, porque estas estarían siempre vinculadas al falo. Se trata de una posición feroz, loca, nada agradable. La mujer sería aquella capaz de privarse de lo más valioso, de despojarse de todo aquello que tenga valor en el registro del tener. Entonces, para Lacan, La mujer solo existe en la pobreza, pero en la pobreza del ser como sujeto, sin nada ni nadie mas que su salvador, a quien es devota, que vendrá a socorrerla una vez que se haya despojado de todos los bienes y placeres fálicos (Brodsky, 2004, pp. 70-72). En otras palabras, La mujer existe únicamente en la psicosis.

El Otro goce

El goce suplementario o femenino se caracteriza por no tener afinidad con el significante (Camaly, 2017, p.97). Dicho de otra forma, es irrepresentable, imposible de localizar. Lacan dice que la mujer está afectada por un goce en más. Refuta el planteamiento de Freud, quien afirma que la mujer sufre por una falta, y plantea que sufre, pero por un exceso. Define este goce como algo de lo que nada puede decirse, pero que se siente, presenta una disyunción entre saber y verdad: la mujer sabe del goce porque lo siente, pero no saca de este ninguna verdad en tanto no lo puede representar.

Hay un goce de ella, de esa ella que no existe y nada significa. Hay un goce suyo del cual quizá nada sabe ella misma, a no ser que lo siente: eso sí lo sabe. Lo sabe, desde luego, cuando ocurre. No les ocurre a todas. (Lacan, 1973, p. 90)

El goce femenino o goce Otro trasciende el registro simbólico-fálico y se caracteriza por su infinitud. El goce femenino es suplementario al fálico, descompleta a la mujer y le permite experimentar su alteridad radical, ser Otra para sí misma (Camaly, 2017, pp. 109-110).

Jane Austen, vida y obra

Jane Austen nació el 16 de diciembre de 1775 en Hampshire (localidad que utilizará en algunas de sus historias), proveniente de una familia bien acomodada, mas no rica. Su padre era rector de la parroquia de Stevenson, razón por la cual Jane fue educada en su casa haciendo uso de la librería extensa de su papá y por la atmósfera educacional que sus pupilos le otorgaban (The Jane Austen Society of North America, s.f.). No obstante, asistió junto a su hermana a la escuela en la Abadía de Reading en 1785-6, y un año después empieza a escribir pequeñas piezas paródicas de ficción. Casi diez años después, Austen escribirá un manuscrito titulado *Primeras impresiones*, el cual sería una primera versión de su obra más famosa, *Orgullo y prejuicio* (Austen, 2015, p. 61).

A pesar de tener una vida tranquila, Jane tenía un inusual acceso a lo que sucedía en el mundo gracias a sus hermanos y a sus profesiones, algunos militares, algunos clérigos y otros banqueros. Esto hacía que se relacionen con personas de estatus social alto y bien acomodados en la sociedad, y estos conocimientos y experiencias, y los beneficios que se obtienen al ser parte de familias de renombre, se pueden apreciar en las obras de Jane (The Jane Austen Society of North America, s.f.).

En 1801 el padre de Jane se jubila y ella y toda su familia se trasladan a Bath, localidad en la que se desenvuelven muchas de sus historias. Un año después, Harris Bigg-Wither le propondrá matrimonio a Jane y esta en primera instancia acepta, pero cambia de opinión al día siguiente. En contraste, con el personaje de Elizabeth, quien primero rechaza a Darcy y luego se arrepiente y lo acepta (Austen, 2015, p. 62).

En 1805 muere el padre de Jane y dos años después ella, su hermana y su mamá se trasladan a Southampton, localidad que también incluirá en sus historias. Luego, en 1809, se van a vivir a una casa en Chawton, Hampshire, que era de su hermano, Edward, y aquí vivió por el resto de su vida. En los años subsiguientes se publican sus primeras obras: *Sentido y sensibilidad* (1811) y *Orgullo y prejuicio* (1813) (Austen, 2015, p. 62).

En 1816 la salud de Jane empieza a deteriorarse y muere el 18 de julio del año siguiente, en Winchester (Austen, 2015, pp. 62-63).

Jane Austen, Orgullo y prejuicio

La obra sobre la que se basará esta investigación, *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen, gira en torno a un hombre que cambia sus modales y una mujer que cambia su mentalidad. Estas modificaciones psíquicas de los sujetos producen a la vez un cambio en su comportamiento. Específicamente, el libro se trata de los prejuicios y del establecimiento de nuevos juicios, de un re-conocimiento (más allá de un reconocimiento) en el que los personajes se implican en su realidad. Elizabeth, personaje principal de la obra, es una joven que “identifica sus percepciones sensoriales como juicios, o trata sus impresiones como conocimiento” (Tanner, 2015, p. 12). Esto, como consecuencia, hace que se lleguen a considerar como percepciones los juicios que se generan como ideas. Es por esto y por el recorrido que realiza Elizabeth concerniendo a sus ideas y las modificaciones que estas sufren a lo largo de la historia que en un primer momento, la obra iba a ser titulada *Primeras impresiones* (Tanner, 2015, p. 12).

Una de las características más notorias de esta novela es que muestra lo cambiante que es lo que las personas consideran “la verdad”. La obra comienza con la siguiente cita: “Es una verdad reconocida por todo el mundo”, pero es esta verdad la que se modificará poco a poco hasta convertirse en otra. Elizabeth comienza la historia con una concepción muy distinta del amor, la vida matrimonial, los hombres y las mujeres que al final de la historia. Su verdad se modifica al entender que su modo de ver el mundo y de estar en el mundo es distinto al de los demás, al de las demás, y algo que influye mucho para que se dé cuenta de esto son las palabras de Mr. Darcy, las palabras del amor.

El uso epistolar que caracteriza mucho a las obras de Jane Austen tiene un significado muy importante en sus novelas, puesto que mediante las cartas resalta el valor de la palabra y el impacto que esta tiene sobre la persona a quien se dirige. Como Brodsky señala en su libro, *Clínica de la sexuación*, el hombre está limitado por su órgano, del cual extrae el goce. Las mujeres, en cambio, no tienen el falo y al carecer de un referente imaginario, deben arreglárselas para sustituirlo mediante ecuaciones simbólicas, las cuales serían esos objetos que harán de sustitutos simbólicos del falo (Brodsky, 2004, p. 20). El goce de las mujeres es, entonces, un goce condicionado. En la novela, Darcy, con sus palabras estoicas y faltas de carisma, alejaron a Elizabeth de su persona e hicieron que esta sienta fastidio hacia él luego de sentirse rechazada e insultada por sus comentarios. Luego, Darcy le pide matrimonio y es rechazado, puesto que los intercambios verbales que habían tenido mostraban a Darcy como alguien apático, insensible y grosero, lo que es interesante debido a que este no sentía haber hablado de más,

mientras que Elizabeth no encontraba la más mínima amabilidad en su trato y palabras cortantes, por lo que quedó sumamente confundida con su propuesta y declaración. Finalmente, la carta que Darcy envía a Elizabeth provoca un cambio drástico respecto a sus sentimientos hacia él ya que en ella logra plasmar sus pensamientos de manera adecuada y sincera, haciendo que Elizabeth pueda comprender sus verdaderas intenciones.

[...] tenemos el pasaje, el lugar predominante que tiene para la mujer las palabras del amor, el efecto de goce sobre el cuerpo que tienen las palabras de amor; además, está la eventualidad de que se interese en eso que se drene hacia el lado del falo. (Brodsky, 2004, p. 56)

Los intercambios que se dan entre Elizabeth y Darcy dan cuenta de la importancia y el impacto que pueden tener las palabras en la elección de objeto para una mujer. Más aún con una mujer como Elizabeth, que a diferencia de sus hermanas y del resto de mujeres presentes en la obra, no se dejaba llevar por las apariencias físicas de sus pretendientes, sino más bien de su intelecto, sus criterios y prudencia. Es por esto que Darcy, al no haber cuidado bien sus palabras y decires, se vio perjudicado durante una larga parte de la novela.

Gran parte de la obra muestra el malestar de Elizabeth luego de que esta se enfrenta a las discrepancias de la realidad: “El padecimiento de Elizabeth es muy antiguo. Ya que se había enfrentado por vez primera a las problemáticas discrepancias entre las apariencias y la realidad, y a los límites insospechados del conocimiento” (Tanner, 2015, p. 22). Elizabeth hace un juicio sobre Darcy al sentirse rechazada por su falta de tacto hacia ella cuando se conocen. Al ver su ser de mujer juzgado y comprometido decide que Mr. Darcy no es un hombre digno y comienza a repudiarlo. Wickham, en cambio, que se mostró interesado en ella desde el principio, causa la mejor de las impresiones y hace que Elizabeth lo ubique como un verdadero caballero, que sabe valorar su forma de ser y que la entiende. Esto, por supuesto, a lo largo de la historia cambia, y Elizabeth logra darse cuenta que hay un más allá de las apariencias, tanto en ellos como en ella misma.

[...] como no podemos interiorizar literalmente a otra persona, la imagen o el retrato que nos hagamos de ella resulta siempre de suma importancia [...] la imagen debe trazarse con cuidado para evitar que nuestra galería mental esté ocupada por retratos distorsionados e injustos. (Tanner, 2015, p. 27)

Cabe destacar que Elizabeth no tenía las mejores referencias para formular sus juicios y validar sus percepciones debido a la falta de carácter de sus referentes. Por ello, sus ideas sobre

la feminidad, la sexualidad y las relaciones eran fruto de su propio intelecto, y podría decirse de lo repelentes que le resultaban los manierismos de sus familiares. Tanner hace una diferencia entre los personajes de la obra. Este hablará de personaje y caricatura, que pueden entenderse como personas complejas y simples. Elizabeth y Darcy evidentemente son personas complejas que se han visto inmiscuidos en una vida llena de personas simples y por ello sus respuestas se ven comprometidas por sus referentes. “Si Lizzy hubiese tenido que fundar sus opiniones sólo en lo que veía en su propia familia, no habría podido albergar muy grata idea de la felicidad conyugal o la comodidad domésticas” (Tanner, 2015, p. 26). No obstante, como todo protagonista de una historia, Elizabeth no cumple con los estereotipos prestados a los demás personajes en lo que respecta al rol que deberían cumplir en la sociedad. Ella posee esa independencia que permite alterar la disposición a tipificar, buscando ser reconocida por lo que es y no lo que debe representar (Tanner, 2015, p. 29). Claro que esto lo descubre ella misma conforme se desenvuelve la trama de la historia.

Ahora es imprescindible considerar la importancia que tiene Mr. Darcy sobre Elizabeth y su encuentro con lo que será su respuesta a la feminidad. Jane Austen señala que todo cambia desde la carta que Elizabeth recibe en la que Darcy justifica sus acciones y su comportamiento, pero el momento en que esta se da cuenta de que está enamorada de él es cuando llega a Pemberley y ve todas sus posesiones. Más allá de la actitud materialista que muchos pueden juzgar en Elizabeth, este descubrimiento es importante porque es mediante sus propiedades que podrá discernir el carácter verdadero de Mr. Darcy, sus cualidades y su verdadera forma de ser. Elizabeth no es materialista al interesarse en Pemberley, puesto que de este solo obtiene otro motivo para enamorarse de Darcy. Pemberley representa su carácter, su sencillez y delicadeza al mismo tiempo que su elegancia y prosperidad. Es discreto y al igual que llamativo. Pemberley es para Elizabeth, más que un lugar hermoso para vivir, puesto que representa la esencia del hombre al que ama. “Y si Pemberley representa la ordenación del espacio natural, social y doméstico que carece la casa de los Bennet, es natural que Elizabeth se sienta más a gusto allí” (Tanner, 2015, p. 32). Aquí Elizabeth se encuentra con un hombre que podrá adecuarse a su falta. Podrá ser la única para este hombre en tanto tiene los requisitos que le darán cabida a saber hacer con su falta. A partir de este momento es cuando Elizabeth empieza a reflexionar sobre sus juicios, a recapacitar sus primeras impresiones y a elaborar sus propias respuestas sin un sesgo preestablecido sobre el cual emitía prejuicios basándose en las impresiones que todas las demás personas le habían causado hasta ese momento, ninguna siendo capaz de movilizarla y de desubicarla de su posición como mujer fálica como lo hizo Mr. Darcy.

Volviendo a las primeras impresiones y respuestas de Elizabeth sobre Mr. Darcy, esta se niega a asumir el papel de sumisidad que este esperaba de ella, pero ante su rechazo, Elizabeth se resiste a adoptar los roles que la sociedad le impone, sin saber en ese entonces que dicha actitud es precisamente lo que atraerá a Darcy y hará que la vea como la mujer para él. También sucede esto cuando Lady Catherine le insiste en aceptar su condición de inferioridad.

Hay que destacar una vez más la importancia de la experiencia lingüística en esta obra. Esta se prioriza al punto de excluir casi del todo la experiencia corporal. El amor, sobretodo, es algo completamente lingüístico, tomando en cuenta que son las palabras de Darcy las que cautivan y enamoran a Elizabeth, más allá de su actitud, que fue lo que la alejó en un primer momento. Esta dicotomía entre cuerpo y habla se evidencia más que todo en los bailes. Algo que parecería una experiencia netamente corporal por el intercambio que se produce entre los cuerpos, en Jane Austen es una ocasión casi exclusiva para hablar, que supone un momento sumamente íntimo bajo el ojo público, y entre Elizabeth y Mr. Darcy se producen varios de estos encuentros en los que desarrollan su intimidad.

Ahora hay que considerar las opiniones sobre lo que implica “ser una mujer” para los personajes de la historia, haciendo una diferencia entre Elizabeth y Charlotte. Ambas hablan de lo que debe hacer una mujer para tener una relación con un hombre. Charlotte entiende el matrimonio como un refugio contra la necesidad y prioriza la vida que un hombre pueda darle al hombre con quien pueda estar en sí. Reconoce que no es romántica y que solo busca un buen hogar. Elizabeth, por otro lado, reconoce la importancia de una buena relación entre los pares, y de lo necesaria que cree la complementariedad de los implicados. Charlotte sigue la mascarada por el lado de la histeria, en la que se posiciona como aquello que Mr. Collins necesita (una esposa que cuide el hogar) y ella, a cambio, obtiene una posición social que tanto ha anhelado, como una mujer de familia con un apellido que le dé un lugar en la vida social, lo cual se consideraba indispensable para la época: “una mujer casada con un hombre importante”. Por otro lado, Elizabeth sigue la mascarada por el lado de la feminidad, por el lado de la complementariedad en el amor.

Tabla 1

Respuestas a la feminidad

	Elizabeth Bennet	Charlotte Lucas
<p>Histeria:</p> <p>Se busca a La mujer porque teniendo este referente se podría ser La única</p>	<p>Al principio Elizabeth se jacta de sus prejuicios como si fuesen una verdad absoluta, y desmiente a cualquiera que trate de disuadirla. Como cuando Jane trataba de justificar el comportamiento de Charlotte o de Darcy, y ella se negaba a aceptar estas premisas, argumentando que las opiniones de su hermana estaban sesgadas por su gentileza y buena opinión de todo ser humano. Esta convicción de creerse la única poseedora de la razón es una actitud histérica, como decir “como la culpa es del Otro, la razón la tengo yo”. Sin embargo, Elizabeth logra aprehender sus defectos, reconocer sus equívocos y formar una nueva verdad, su verdad.</p>	<p>“[...] no soy romántica [...] considerando el carácter, relaciones y posición social de Mr. Collins, estoy segura de que mis probabilidades de felicidad con él son tan grandes como las de la mayoría de la gente al contraer matrimonio” (Austen, 2015, pp. 209-210).</p> <p>Para Charlotte, La mujer es “La esposa” y todo lo que esta conlleva para ser feliz como mujer. Para ella, la mujer casada es la que tiene garantizada la felicidad, la que tiene un lugar en el mundo y le da de igual forma un lugar a su esposo. Inclusive, la autora da a entender que no es necesario que se quieran siempre y cuando el uno colme al otro. Charlotte usa a Mr. Collins para realizarse como mujer, es quien le da el título de</p>

“esposa” que le faltaba para completarse.

Feminidad:

Se busca ser única para..., por lo que no hay una identificación específica sino que se aprende a hacer con lo que no se tiene

“[...] en aquel momento Charlotte nunca se estaba segura que lo cuestiona a sí misma sobre respetaba, lo estimaba, le si tiene lo necesario o no estaba agradecida, sentía para ser feliz o hacer feliz a un verdadero interés ‘por alguien más, sino más bien, su felicidad, y solo le está convencida de que, al faltaba saber hasta qué casarse con Mr. Collins, la punto deseaba que esa posición social que felicidad dependiera de obtendrá al adquirir el ella” (Austen, 2015, p. título de “esposa”, será 363). Esta cita se refiere a suficiente para ser Elizabeth cambiando por reconocida, vista por la completo su concepción sociedad de la que es parte. sobre Darcy, arrepintiéndose de haber rechazado su propuesta de matrimonio y de haber juzgado tan injustamente su carácter. Elizabeth se cuestiona sobre si encajaría en lo que Darcy necesita para ser feliz y cómo sus atributos particulares podrían beneficiar su unión. No busca, como Charlotte, un ideal al que debe copiar que pudiera ser del agrado de Mr. Darcy, sino que su malestar surge de un no saber qué o cómo hacer para ser “la única”

para este hombre en particular. El resto no le importa, ella sabe que solo tiene que agradarle a él. Cae en cuenta que ella no es perfecta, y precisamente por esto harían una buena pareja al estar conscientes de en lo que falla cada uno.

Sexualidad femenina:

Modalidad del no-todo que obliga a cada mujer a arreglárselas para saber hacer con su falta

Cimenta su atracción por Darcy tomando lo que tiene y lo que le falta. Piensa que su éxito como pareja se dará con los beneficios que se proporcionarán mutuamente.

Cede su posición femenina al significante “esposa”, que logra encarnar gracias a su compromiso con Mr. Collins, disimulando así el vacío simbólico.

“[...] queridísima, amadísima Lizzy. ¿Qué no he de deberle? Me ha dado una lección, ciertamente dura al principio, pero muy provechosa [...] usted me mostró cuán insuficientes eran mis pretensiones para complacer a una mujer merecedora de ser complacida” (Austen, 2015, p. 480). En esta cita se evidencia cómo Darcy se enamora de Elizabeth por ser lo que él necesita, nada más que ella siendo

ella misma, fiel a sus creencias.

Goce femenino:	Las palabras del amor de Mr. Darcy conmueven a Elizabeth, así como su trato cortés, generoso y prudente tanto hacia ella como hacia su familia cuando trata de reivindicarse ante ella.	Goce fálico. Toma a Mr. Collins como fetiche para taponar su falta y poseer de alguna forma, el falo.
Sin afinidad con el significante, aquello de lo que la mujer sabe porque lo siente, pero que no puede simbolizar		

Cuadro comparativo entre Elizabeth Bennet y Charlotte Lucas en función de sus respuestas particulares a la feminidad.

De la misma forma, se puede hacer una comparación entre Elizabeth y su hermana, Jane, quien al igual que ella realizó su propio recorrido hacia la feminidad. A lo largo de la historia se puede apreciar que Jane lidia de mejor manera con su falta que Elizabeth con la suya, y esta es una de las razones por las que a Elizabeth, en ocasiones, le resultaba incomprendible la actitud de su hermana frente a las circunstancias. Un ejemplo es cómo Jane trataba de darle el beneficio de la duda a cualquier persona, sin importar lo que haya hecho, a diferencia de Elizabeth, quien era rápida en juzgar las acciones de los demás sin pensar las cosas. Jane, asimismo, era más prudente y se responsabilizaba de sus actos, en lugar de echarle la culpa a los demás. Al igual que Elizabeth, Jane no se sentía obligada a entregarse o hacerse notar ante los hombres como un trofeo, como aspiraba su madre o como lo hacían con su hermana, y aspiraba enamorarse de su futuro esposo, ya que estaba convencida de que solo así lograría ser feliz. Jane es menos exigente que Elizabeth en lo que respecta a cuestiones amorosas. Elizabeth justifica con el amor la falta de ambos, mientras que para Jane basta el amor para que ambos logren ser felices.

Tabla 2

Soluciones particulares de la feminidad “normal”

	Elizabeth Bennet	Jane Bennet
Histeria:	Ante el rechazo de Darcy en su primer encuentro, y tras haber afirmado que este hirió su orgullo, Elizabeth decide que no es ella el problema, sino él, y desde ese momento lo percibe como un hombre antipático y malvado.	Cuando se entera que Bingley se ha marchado de Pemberley, se entristece profundamente, pero no se implica en esta circunstancia. Elizabeth está convencida de que las hermanas de Bingley influyeron en su partida puesto que no consideraban a Jane como buen prospecto para alguien tan respetable para su hermano. Pero Jane hace caso omiso a esto, como si no pudiese tolerar el no ser suficiente para el hombre que ama. No trata de justificarlo con otro motivo, pero tampoco asume que su hermana tiene razón.
Feminidad:	Cuando Elizabeth lee la carta que Darcy le da y cae en cuenta de que ha sido injusta al emitir juicios sin tener toda la información de los hechos, se da cuenta que es ella quien debería	Jane, a diferencia de Elizabeth, se abstiene de emitir comentarios o juicios en contra de los demás. Recapacita sobre sus propias acciones y proceder antes de juzgar a

estar avergonzada, que es ella la que no ha tenido un buen comportamiento con Darcy y recapacita. Dice que hasta ese momento no se conocía a sí misma, aludiendo a que la verdad de Darcy, muy distinta de la suya, ha movilizó algo de su fantasma haciéndole notar su falta, pero ya no tratará de velarla, sino que se hará cargo de esta.

los otros. Aún cuando Bingley se va sin ninguna explicación, Jane llega a decir que fue su propia vanidad la que hizo que se engañase tan ciegamente, pero a la vez que no se arrepiente y considera a Bingley un hombre agradable al que no tiene nada que reprocharle. La madurez de carácter de Jane permite interpretar que ella es consciente de su propia falta, y que tal vez ella no era o no tenía lo que Bingley buscaba, sin embargo, por más triste que esté, decide dejarlo ir, sin intenciones de cambiar su disposición o su carácter.

Sexualidad femenina:

Al principio, es un choque para Elizabeth que alguien más (Darcy) le señale su falta cuando ella misma no es capaz de tolerarla, pero una vez que la asume se da cuenta que no debe esmerarse en probar su validez como mujer ante los demás, sino que debe trabajar y vivir con lo que es y lo que puede ofrecer.

La disposición de Jane siempre ha sido de mostrarse como no-toda. Su humildad de carácter es lo que atrae a Bingley hacia ella, y su prudencia es lo que hace que Darcy desconfíe de sus sentimientos. Pero tanto Jane como Bingley estuvieron siempre seguros de lo que sentían el uno por

Cuando se da cuenta de que con Darcy ambos pueden beneficiarse de lo que el otro le puede ofrecer es que empieza a entender el amor que siente por él y por qué vía se manifiesta. El amor entre Darcy y Elizabeth se cimienta en que ambos se aman porque saben que no son perfectos, y aún así, no quieren vivir sin el otro porque nadie más será suficiente.

el Otro. Su relación fue basada completamente en el amor que se tenían y hubieran estado juntos mucho antes de no ser por la intervención de Darcy y las hermanas de Bingley en su relación.

Goce femenino:

El cambio en el carácter, tanto suyo como el de Darcy. En ella, logra darse cuenta que es más por lo que no es que por lo que tiene; en él, porque cuando mostró un verdadero interés hacia ella, pudo sentirse deseada, amada. Darcy en cierto modo anula la castración de Elizabeth con el amor que le profesa, y esto de alguna forma anuda su deseo al goce que la abate.

El amor es lo que moviliza la relación de Jane con Bingley. Su pérdida es lo que hizo que Jane cayera desconsolada. Cuando Bingley vuelve y Jane se da cuenta que nunca lo perdió, el amor vuelve a ser el motor de su atracción y su consiguiente felicidad. Su goce ilimitado está en proporción a su ilimitada demanda de amor. Sin el amor de Bingley, Jane no hubiera podido ponerle un tope a aquello que la sobrepasaba y le causaba malestar a modo de infinita tristeza, pero cuando este

vuelve y se ofrece como
Otro barrado, es suficiente
para establecer un límite en
el goce de Jane por medio
del amor que ambos se
tienen.

Cuadro comparativo entre Elizabeth Bennet y Jane Bennet en función de sus respuestas particulares a la feminidad

Por eso, cuando piensa que ha perdido su oportunidad con Darcy, habla de cómo su viveza y soltura de carácter eran lo que él necesitaba para dulcificarse, y cómo el buen juicio, cultura y conocimientos de Darcy la hubiesen beneficiado (Tanner, 2015, pp. 48-49). “La cualidad especial de Elizabeth se verbaliza con frecuencia como <<viveza>>, y es de lo que Darcy carece (su conocimiento, *i.e.* su conciencia racional, parece ser impecable), y es esa cualidad principal la que Elizabeth aportará al matrimonio” (Tanner, 2015, p. 51). Una vez más hay que señalar los beneficios que encuentra Elizabeth con esta unión, siendo Pemberley uno de los mayores, en tanto permitirá una amplitud de la viveza y el conocimiento de la pareja sin que puedan oprimirse y logren complementarse. Así también, ambos podrán limitar su goce sin perder todo de este: “la sociedad depende de esa tensión entre libertad y rigidez, y que el hecho de que se <<unan>> felices al final de la novela es lo que produce satisfacción” (Tanner, 2015, p.53).

Capítulo III: Análisis del caso

Elizabeth Bennet: recorrido hacia la feminidad

Elizabeth es la segunda hija de cinco hermanas. Es considerada por su padre, por ella misma y la mayoría de las personas que la conocen como la más inteligente e ingeniosa de sus hermanas, y hasta de su familia en general. Estas características la convierten en la favorita de su padre, pero a la vez hacen que tenga una relación tensa con su madre, a quien considera una persona simple y que se deja llevar por las apariencias y los lujos de la alta sociedad. Elizabeth se caracteriza por su honestidad, su astucia y su buen ánimo, pero también por su impertinencia y por su tendencia a emitir juicios de forma apresurada, que en ocasiones la llevan a situaciones que no sabe sobrellevar. Elizabeth debe lidiar con una madre superficial, un padre distante y débil de carácter y tres hermanas menores mal comportadas y vanas. Empero, siempre encuentra consuelo en su hermana mayor, Jane, quien, con su carácter dulce, su buen juicio y gentileza, tiende a hacer que se cuestione, o por lo menos, aplaque sus prejuicios sobre lo que considera incorrecto, dándole otra perspectiva de las cosas (Sparknotes, s.f.). Jane es una de las personas que ayuda a que Elizabeth se dé cuenta que no todo funciona o es ideal para todos.

Todo comienza con la llegada de un caballero a Longbourn, un tal Mr. Bingley. Esto capta la atención de la señora Bennet, puesto que podría resultar beneficioso para sus hijas, todas solteras. Se organiza un baile y la familia Bennet es invitada. Una vez allí, pueden darse cuenta que otro caballero, un tal Mr. Darcy, ha venido en compañía de Mr. Bingley. Jane capta la atención de Bingley y este último, con el afán de ser amable y compartir su felicidad con su amigo, incita a Darcy a bailar con Elizabeth, pero este la mira de reojo y se niega.

Y volviéndose, contempló por un instante a Lizzy, hasta que ésta sorprendió su mirada: apartó entonces la vista y dijo fríamente:- Puede pasar; pero no es lo suficientemente hermosa para tentarme; y por ahora no estoy de humor para conceder importancia a muchachas que desdeñan los otros hombres. (Austen, 2015, p. 78)

Con estas palabras se da el primer intercambio entre Elizabeth Bennet y Fitzwilliam Darcy, el cual dejó a Elizabeth “alentando hacia él sentimientos que distaban de ser cordiales” (Austen, 2015, p. 78). Elizabeth manifiesta su descontento en una conversación con su amiga Charlotte, en la cual destaca que más que su orgullo, lo que le molestó de la actitud de Darcy fue haber herido el suyo: “[...] y con facilidad perdonaría su orgullo si no hubiera mortificado

el mío” (Austen, 2015, p. 87). Esta es la primera vez que Elizabeth expresa abiertamente que las palabras de Darcy le resultaron ofensivas, y ella, que se considera una persona preparada, inteligente y capaz, no cree que deba tolerar semejante aseveración, por lo que decide que preocuparse por Darcy no vale su tiempo. Pero luego, se da cuenta que Darcy está mostrando un inusual interés en ella, su descontento se acrecienta. “A sus ojos, él sólo era un hombre antipático que no la había juzgado lo bastante hermosa para bailar con él” (Austen, 2015, p. 92). Elizabeth basa su juicio de Darcy sobre esta situación, lo cual resultó ser, para ella, una herida narcisista, al punto de que cuando este, en una nueva reunión, le pide que baile con él, es rechazado con el mismo aire desinteresado con el que la rechazó a ella en un principio.

Elizabeth representa el continente misterioso, oscuro de la feminidad. Su acercamiento a lo que se considera “digno” o “propio” de una mujer es muy peculiar en comparación a los estándares de su círculo social. Esto puede evidenciarse tempranamente, en una de sus conversaciones con Charlotte. Ambas hablan sobre la posible relación que podría desarrollarse entre Jane y Bingley. Charlotte considera que la mujer debe mostrarse muy interesada y que mientras menos sepa de su pareja mejor, señalando que es mejor dejar los posibles defectos que se puedan encontrar para después. Elizabeth, por otro lado, destaca la importancia del amor y del enamoramiento al considerar una relación (Austen, 2015, pp. 90-91).

El siguiente encuentro entre Elizabeth y Darcy se da en casa de Bingley, cuando esta va en búsqueda de su hermana, quien enferma y ha debido hospedarse ahí. Hablan sobre lo que sería para Darcy “una mujer completa de instrucción perfecta” y Elizabeth concluye que es un hombre muy exigente. Darcy lo confirma diciendo que apenas conoce media docena de mujeres así, destacando que más allá de sus conocimientos por las artes, su porte y sus modales, deben poseer una inteligencia sustancial enriquecida por una lectura abundante. Darcy cuestiona a Elizabeth sobre la confianza que tiene en su propio sexo al dudar de que exista una mujer con todas esas cualidades, pero ella dice que nunca ha conocido a nadie semejante y se retira (Austen, 2015, pp. 109-110).

No mucho después, vuelven a conversar, esta vez sobre los defectos, particularmente los de Darcy. Elizabeth de manera burlesca comenta que él no debe tener ningún defecto, pero él le asegura que tiene muchos y que el mayor de ellos es el resentimiento. Elizabeth destaca que esto es un verdadero defecto que afecta al carácter de una persona, pero que no puede juzgarlo. Terminan sacándose en cara que Darcy tiene una propensión por odiar a la gente y que Elizabeth es obstinada y no se toma la molestia de entender a los demás (Austen, 2015, pp.

131). Este encuentro es particular, dado que Darcy empieza a mostrar atracción hacia Elizabeth mientras que esta sigue inconsciente de este cambio en su actitud y no se da cuenta que a pesar de sacarle en cara a Darcy que el rencor es uno de los peores defectos, ella misma le guarda un resentimiento marcado por haberla despreciado tras su primer encuentro.

Tras estas declaraciones entre Elizabeth y Darcy, dos nuevos caballeros entran a formar parte de la vida de Elizabeth, y uno de ellos reforzará su criterio sobre Darcy. El primer caballero, Mr. Collins, es considerado por Elizabeth como un hombre molesto y petulante al cual no le presta importancia, pero el segundo caballero, un militar llamado Wickham, captó inmediatamente su atención. Le resultaba un hombre encantador, y decidió tener una buena opinión de él por sus buenos modales, figura, apostura y trato ameno. Ambos logran entablar una buena amistad, y Elizabeth se deja llevar por su trato carismático y jovial.

Wickham era el hombre dichoso a quien todos los ojos femeninos se volvían, y Lizzy fue la feliz mujer junto a la cual acabó por sentarse; y el grato modo como al instante entabló conversación con ella, aunque solo fuera para hablar de que la noche era húmeda y se avecinaba una temporada lluviosa, ñle hizo comprender que los tópicos más comunes, más necios, más usados, pueden resultar interesantes según la habilidad de quien los emplea. (Austen, 2015, p. 154).

Nótese que la autora emplea el término “habilidad”. Resalta que Wickham tenía una facilidad para entablar conversaciones, ser amistoso, emplear las palabras de tal forma que resultasen agradables a quien sea que estén siendo destinadas por más vagas o simples que sean. Elizabeth considera a Wickham un hombre más prudente que Darcy por su forma de ser y por su trato hacia ella, lo cual evidencia la importancia de las palabras cuando se trata de enamorar a una mujer. Wickham tiene más experiencia que Darcy en este campo, es un donjuán, sabe lo que las mujeres quieren escuchar. Wickham, además de carismático, resulta ser muy persuasivo, pues resulta tener historia con Darcy, una rivalidad no resuelta, y convence a Elizabeth de que Darcy es un hombre maligno y que es el culpable de todas sus desdichas. Elizabeth no duda en creerle y su opinión sobre Darcy solo empeora. Jane trata de disuadirla, pero el carácter apático de Darcy es suficiente para convencer a Elizabeth de que su juicio sobre su persona sigue siendo el correcto, y su conversación con Wickham solo lo reafirmó.

Mr. Collins solo parece afectar la vida de Elizabeth cuando le propone matrimonio, pero esta lo rechaza, asegurándole que ella jamás lo hará feliz ni él a ella. Esto, sin embargo, no parece importarle a Collins, pues para él lo importante, más allá del amor que Elizabeth

considera necesario e indispensable para una relación, es quedar bien en la sociedad, como un hombre casado. Elizabeth trata de hacerlo entrar en razón: “No me tomes por mujer elegante que pretende atormentarte, sino por una muchacha sensata que dice la verdad de corazón” (Austen, 2015, p. 190). Esta cita dice algo del goce de Elizabeth, está consciente de la importancia que tiene el misticismo del amor. Collins le ofrece cosas materiales, pero ella quiere lo que él, en este caso, no le puede dar. Es algo que nadie le podrá dar, pero Collins ni si quiera hará el intento de aventurarse en los enigmas del amor que Elizabeth espera, sí lo haga el prospecto a quien llegue a considerar como esposo.

La impresión de Elizabeth solo aumenta cuando, dos días después de que Collins le haya propuesto matrimonio a ella, su mejor amiga, Charlotte Lucas, le diga que se ha comprometido con él. Elizabeth no reacciona de la mejor manera, su sorpresa ofende a Charlotte, y esta última le recuerda que ambas son muy distintas, y que lo que ella busca es un esposo que la beneficie en cuanto relaciones, posición social y pertenencias, alguien como Collins, que aspira lo mismo de una esposa. Elizabeth se siente decepcionada de su amiga ya que no logra concebir que las ventajas materiales que una unión pueda significar justifiquen el sacrificio de los verdaderos sentimientos de uno mismo. Charlotte opta por una solución histérica, una solución fálica, y esto es algo que Elizabeth no puede entender.

Elizabeth comparte su indignación con su hermana. Pero Jane, prudente como siempre, la persuade a no emitir juicios apresurados: “No podemos exigir que un joven alocado sea siempre precavido y prudente. A menudo es nuestra propia vanidad la que nos engaña. La imaginación de las mujeres hace que concibamos demasiadas ilusiones respecto de los hombres” (Austen, 2015, p. 220). Elizabeth responde a esto planteando que es deber de los hombres procurar que sus ilusiones sean soportadas, pero Jane intenta disuadirla tratando de hacerla entender que no porque no cumplan con sus expectativas lo están haciendo intencionalmente. Elizabeth, como puede evidenciarse, tiene unos estándares muy altos, tal vez no en cuestiones materiales, pero sí en carácter, y es esto lo que suele juzgar en la gente. Si ella no está de acuerdo con las decisiones que toman los otros sobre sus vidas, piensa que están equivocados, que es ella la que tiene la razón, y le molesta que las cosas no se den como ella quisiera.

Hay una marcada diferencia entre cómo Elizabeth y Jane manejan sus emociones. Elizabeth, por un lado, no pierde el tiempo en juzgar las malas decisiones de los demás, echándoles la culpa y no ve más allá de lo que pueda obtener de lo que se da en lo superficial.

Jane, en cambio, trata siempre de darle al otro el beneficio de la duda, justificando el porqué de sus acciones. Elizabeth admira de su hermana su dulzura y desinterés, pero resalta cómo cada día se decepciona más del mundo y de la inconsistencia del carácter humano. Es como si no pudiera tolerar ver al Otro barrado, es decir, una falla en un representante del lugar de autoridad, del orden; algo con lo que Jane sabe lidiar de mejor forma.

En cambio, ambas hermanas parecen tener una idea parecida sobre el amor. Jane sufre una decepción amorosa con Bingley y se muestra devastada, pero trata de aparentar que ya se le pasará. Elizabeth, por su lado, pierde la atención de Wickham, pero a raíz de esto se da cuenta que nunca estuvo verdaderamente enamorada de él, dado que los sentimientos que quedan en ella son una evidente decepción (más que nada porque su vanidad se vio una vez más comprometida), pero a la vez el deseo de que este tenga una buena vida con la nueva chica a la que le está dedicando su tiempo.

Tengo la certeza [...] de que nunca he estado muy enamorada, pues si realmente hubiera experimentado esa pasión pura y elevada, ahora detestaría hasta el nombre de semejante individuo y le desearía toda suerte de males. Pero no solo abrigo sentimientos cordiales hacia él, sino que miro con imparcialidad a Miss King, y no la odio, sino que, por el contrario, la considero buena muchacha. No puede haber amor en todo eso. (Austen, 2015, p. 237).

La decepción que experimenta Elizabeth, a diferencia de la que experimenta su hermana, va más por el lado de la vanidad, de una herida narcisista, hacia su orgullo. Se sentía atraída por Wickham por su carisma y buena imagen, pero no iba más allá. Al afirmar que no podía haber amor si no siente nada hostil hacia él está constatando que el amor es algo que va mucho más allá de la razón, sería algo del orden pasional que ahora se da cuenta, ninguno de los dos llegó a sentir por el otro.

Ahora, si hay alguien que pudiera considerarse como LA mujer (por lo menos por sí misma y por Mr. Collins), es Lady Catherine de Bourgh. Elizabeth la concibe como una señora que carece de buenos modales y que se empeña en recordarle al resto que su estatus social es muy inferior al de ella, juzgándolos por la cantidad y calidad de sus bienes materiales, y cree tener la verdad absoluta sobre lo que se necesita para tener una vida digna de la alta jerarquía. Lady Catherine le saca en cara a Elizabeth que no ha sido bien educada por no haber tenido una institutriz, que carece de talentos musicales y artísticos y resalta su imprudencia. Lady Catherine es muy crítica de Elizabeth, y le reprocha que no sea una muchacha correcta para la

edad que tiene, como si todo lo que le reclamó fueran requisitos para volverse una mujer de bien.

El siguiente encuentro entre Elizabeth y Darcy se da en Rosings, y aquí se introduce un nuevo prospecto que muestra interés por Elizabeth: El coronel Fitzwilliam. En este encuentro, Elizabeth se da cuenta que Lady Catherine está interesada en que Darcy se case con su hija. En esta visita, Charlotte logra percatarse del interés que Darcy muestra hacia Elizabeth, pero esta última lo niega estando convencida que lo único que puede haber entre los dos es una relación de fría cortesía. Sin embargo, los intercambios que ambos mantienen durante este tiempo empiezan a ser más pícaros, para Darcy de forma evidente, para Elizabeth, por otro lado, de manera inconsciente. También es la primera vez que Darcy justifica el comportamiento de su primer encuentro, diciendo que le resulta difícil entablar relaciones con gente nueva. Elizabeth empieza a percatarse del interés que Darcy está manifestando sobre ella y queda confundida, pues cae en cuenta que Darcy la ha frecuentado bastante en varias ocasiones, a veces solo y a veces acompañado. En un principio, justificaba este comportamiento porque pensaba que era su amigo quien estaba interesado en ella, pero después de varias visitas, no sabía qué pensar. Sus sentimientos hacia Darcy guardaban aún cierto rencor y se tornaron aún más hostiles cuando se enteró por Fitzwilliam que Darcy era el responsable de la desdicha de su hermana Jane.

Antes de partir de Rosings, Elizabeth tuvo un último encuentro con Darcy en el cual este le declaró su amor y su admiración, terminando su declaración con una propuesta de matrimonio. “He luchado en vano. Ya no quiero hacerlo. Me resulta imposible contener mis sentimientos. Permítame usted que le manifieste cuán ardientemente la admiro y la amo” (Austen, 2015, p. 282). Estas palabras dejan a Elizabeth totalmente anonadada, pero su sorpresa rápidamente se transforma en ira cuando Darcy continúa su declaración de amor haciendo énfasis en la inferioridad social y los obstáculos que la familia de Elizabeth traería a dicha unión. Además, Darcy hablaba como si la respuesta de Elizabeth no sería otra cosa que favorable, y esto solo logró exasperarla más.

Elizabeth trató de formular su rechazo con compostura, pero el desdén y el rencor que hace mucho tiempo llevaba cultivando hacia Darcy le impidieron cuidar sus palabras de desagrado ante dicha proposición. Darcy, enojado, demanda saber el porqué es rechazado con tanta descortesía. Aquí es cuando Elizabeth pierde por completo la paciencia y le saca en cara todos los “crímenes” que ha cometido, contra su familia, contra sus amigos, y contra ella si

toma en cuenta la calidad en la que manifestó sus sentimientos. “Me sobran motivos para pensar mal de usted” (Austen, 2015, p. 284), le afirma Elizabeth con frialdad. Darcy, a este punto, ya no puede tolerar más que su ego se vea comprometido y asume la responsabilidad de las acusaciones que hace Elizabeth, pero lo hace justificándose y adjudicándose el buen juicio de su razón. El orgullo de Darcy es tan grande que piensa hasta el final que la razón por la que Elizabeth lo ha rechazado es por la falta de tino de su propuesta, pero esta, enfurecida, le asegura que sea como fuere la forma en que se le hubiese declarado, jamás podría haberle dado una respuesta favorable.

Desde el comienzo mismo, casi puedo decir que desde el instante mismo en que lo conocí, sus modales, que consideré propios de una persona arrogante, su vanidad, su desdén egoísta a los sentimientos ajenos, pusieron los cimientos de la desaprobación que los sucesos posteriores han convertido en firme desagrado; y aunque no lo hubiera conocido sino hace un mes, haría pensado que era usted el último hombre del mundo con quien podría casarme. (Austen, 2015, p. 286).

Luego de esta aclaración, Darcy no puede tolerar más el rechazo y se marcha, dejando a Elizabeth abatida y confundida. Por un lado, se sentía halagada por haber inspirado en alguien un afecto tan vehemente, y por otro, no podía controlar su desagrado ante tan desvergonzada declaración. Cabe destacar que esta contrariedad de emociones es igual de fuerte y pasional, cosa que no logró sentir con Wickham luego de enterarse que este había transferido sus afectos a Miss King. Elizabeth misma se da cuenta que lo que sentía por Wickham no podía tratarse de amor debido a que sus sentimientos no quedaron comprometidos de ninguna forma. Esto no sucede con Darcy. Luego de esta declaración, queda dolida, alagada, furiosa y con muchas otras emociones que son llevadas al extremo. Por el momento trata de convencerse que todo se debe al desagrado que Darcy le produce, pero de cierto modo, es una emoción fuerte proyectada sobre él que si bien es cierto podría justificarse por el modo en que comprometió la felicidad de su hermana, pero hay que tener en cuenta que estos sentimientos hacia Darcy surgieron desde el momento en que se conocieron, desde que Elizabeth se sintió rechazada. Puede que en ese entonces no le diera mucha importancia, pero desde ese encuentro sus opiniones hacia él no han podido ser otra cosa que negativas, siempre tachándolo de arrogante, de vano, todo por haberse negado a ella en un principio. En esta ocasión, Elizabeth se deja llevar por sus primeras impresiones, y Darcy por su orgullo.

La confusión de Elizabeth solo consiguió agudizarse cuando un día después de estos eventos, Darcy la buscó una vez más para darle una carta en la que expresaba lo que con sus palabras no pudo comunicar como sus sinceros sentimientos lo hubieran querido. Luego de que Elizabeth leyese la carta, su aflicción aumenta y los sentimientos que sentía hacia Darcy empiezan a tomar un giro. Su enojo se transforma en vergüenza, y empieza a reprocharse su mala costumbre de emitir juicios apresurados sobre las cosas. A partir de este momento y luego de analizar varias veces la carta recibida es que Elizabeth empieza a cuestionarse sobre su proceder, sobre sus actitudes y creencias. Cae en cuenta que de todo lo que se jacta es algo de lo que debería avergonzarse. Lamenta su propia vanidad, la cual influyó en su ceguera en la complacencia que sentía ante la preferencia de Wickham, pero ofendida frente al desprecio del Darcy. “Hasta este momento no he logrado conocerme a mí misma” (Austen, 2015, p. 303). Con esta frase, Elizabeth se reconoce en falta y comienza su recorrido en torno a la pregunta por el ser, por el ser de mujer, por la feminidad y cómo y qué necesita para lidiar con aquello de lo que carece.

Elizabeth tiene un encuentro con lo real, con una verdad que no es de la que ella estaba convencida y esto le causa mucha vergüenza. Se reprocha haberse dejado cegar por su orgullo y su inmodestia y nota lo impropio que fue el pensarse superior al resto de mujeres a las que tanto criticaba cuando ella misma se dejó llevar por su vanidad y su inteligencia. Se da cuenta que su atracción por Wickham fluía porque este, a diferencia de Darcy, no le encaraba aquello de lo que carecía, sino que enaltecía en ella de lo que ya se jactaba. Con Darcy, en cambio, siempre mantuvo una relación tensa debido a que este guardaba para Elizabeth el recuerdo doloroso de su imperfección, de su incompletitud, que se dio en ese primer encuentro de rechazo.

La alegría en la que Elizabeth solía estar sumida, fruto de la ignorancia de sus propios defectos, fue reemplazada por confusión y ansiedad. Sus sentimientos hacia Darcy continuaban cultivándose, y se seguía culpando por haber sido tan injusta, pero cuando caía en cuenta que sus emociones sobrepasaban el sentido de su origen, terminaba por convencerse de que no debía estar arrepentida de haber rechazado la propuesta de Darcy. En su cabeza era imposible aceptarlo, aún sus razones eran lo suficientemente fuertes como para atemperar los sentimientos que surgían por Darcy en contra de su voluntad. Elizabeth pudo percatarse de su incompletitud, de la falta en ser del Otro, pero aún creía que el amor era algo que podía controlar, sin darse cuenta de que ya estaba perdidamente enamorada de Darcy. Por cada acusación que lanzaba

sobre él, lo justificaba con una virtud y viceversa. Estaba realmente contrariada y la carta de Darcy (que había memorizado por completo) no abandonaba sus pensamientos.

En la siguiente ocasión que Elizabeth tuvo la oportunidad de encontrarse con Wickham, su trato hacia este se había vuelto más cauteloso y discreto. Mientras Wickham trataba de sacarle información sobre Darcy y su estancia en Rosings, Elizabeth no hizo otra cosa que enaltecerlo y dar buenas referencias sobre él, lo cual sorprendió mucho a Wickham, dándole a entender que Elizabeth probablemente ya conocía la verdad sobre él. Elizabeth da a entender a Wickham que la primera vez que hablaron de Darcy, su juicio estaba sesgado por rencor y dolor, pero ahora que lo conoce mejor, lo tiene en la mayor de sus estimaciones. Con esto Wickham comprende que su relación con Elizabeth quedará completamente comprometida y ambos se separan para nunca más volver a intimar en conversaciones.

Con el descubrimiento que Elizabeth hizo sobre Darcy y Wickham, no solo logra repensar sobre sus prejuicios injustos emitidos sobre estos hombres, sino que piensa en retrospectiva aspectos de su propia familia que hasta ese entonces había decidido ignorar. Darcy señala, tanto en su propuesta de matrimonio como en la carta, que uno de los grandes obstáculos que encuentra en su posible unión con Elizabeth se remite a su familia. Elizabeth es consciente de que, a excepción de Jane, los miembros de su familia no dan las mejores impresiones ni han sido los mejores referentes para tener un concepto claro de cómo debería funcionar una institución familiar adecuada. Su padre, incapaz de hacer frente a su madre, quien sufre de nervios porque sus hijas no logran conseguir esposo, y sus hermanas, tan simples y superficiales, son el motivo por el cual Elizabeth se ha enfrascado en su mundo, con sus opiniones y verdades que nadie más que ella puede juzgar. “Si Lizzy hubiese tenido que fundar sus opiniones sólo en lo que veía en su propia familia, no habría podido albergar muy grata idea de la felicidad conyugal o la comodidad domésticas” (Austen, 2015, p. 335). Claro que esto se derrumba cuando Darcy, de forma indirecta, le puntualiza que, de alguna forma, la fuente de sus problemas proviene de su familia y Elizabeth, por primera vez en su vida, decide encarar este problema.

Elizabeth se da cuenta de que su padre, como ella, se dejó llevar por la apariencia de su madre y este fue el único motivo por el que se casó con ella. Ya después tuvo la desdicha de caer en cuenta que tenía una mente simple y que sus personalidades no eran compatibles, y el único consuelo que logró encontrar a esto, fue el de humillarla frente a sus hijas, como si esto le causase una especie de diversión. “Nunca había sentido con tanta fuerza los daños que pueden

causar a los hijos matrimonios tan incongruentes, ni nunca se había percatado tanto de los peligros que derivan de tal errada dirección del talento” (Austen, 2015, p. 336). Elizabeth tuvo la suerte de percatarse de que estaba cayendo en el mismo juego que su padre, quien antes, como ella, se jactaba de sus talentos, y dejó que su vanidad lo llevase a sellar una unión que lo haría infeliz por el resto de su vida.

“Es una suerte, pensaba, que tenga algo que desear. Si todo fuera completo, mi disgusto sería seguro [...] Un proyecto que promete innumerables delicias nunca puede tener éxito, y la decepción general sólo se salva gracias a algún detalle molesto” (Austen, 2015, p. 337). Elizabeth, sin darse cuenta, tiene una concepción muy acertada sobre la castración, la importancia de la falta en ser propia y en el Otro, puesto que esto influirá en su elección de objeto, en su modo de goce y en sus respuestas ante la pregunta por la feminidad. Sabe que, de estar completa, de ser toda, irremediabilmente se estrellaría con una decepción. Pero al asumir la incompletitud, obtiene, asimismo, una responsabilidad consigo misma: la de estar castrada, pero a la vez, dispuesta a encarar esa falta, trabajar con esa falta y hacer con esa falta. No seguirá el ejemplo de su madre, quien no tolera ni su propia falta, ni las de sus hijas, que responde enfermándose de nervios o vociferando ridiculeces que desearía que sus hijas consiguieran para taponar ese vacío. Tampoco sigue el ejemplo de su padre, que sabe algo de su propia castración, pero decide ignorarla, no hacerse cargo de ello. No imitará a sus hermanas menores, quienes con ímpetu buscan formas de cumplir con los ideales impuestos por la sociedad e intentan distraer las miradas que se postran en sus carencias y desviarlas a aquello en que se transforman. Elizabeth, y probablemente Jane, deciden encarar su falta, trabajar con ello, y buscar soluciones que les permitan tolerarla, pero sin ignorarla.

La relación entre Elizabeth y Darcy continúa cultivándose cuando está de visita con sus tíos maternos, es invitada a Pemberley, propiedad de Darcy. Es un lugar que realmente capta su atención, y mientras hace un recorrido por el terreno con sus tíos, no puede evitar pensar cómo sería suyo si hubiese aceptado la propuesta de Darcy. Descubre, asimismo, una faceta de Darcy que ella no ha tenido la oportunidad de presenciar cuando la ama de llaves de este le asegura que no existe un hombre tan bueno, generoso y justo como él. Elizabeth se sorprende con esta descripción, pero decide aceptarla, puesto que ya considera haber perdido mucho con sus juicios injustos. Mientras Elizabeth y sus tíos exploran la propiedad, son sorprendidos por el mismísimo Darcy, quien decide acompañarlos y presta especial atención a Elizabeth, con quien se porta extremadamente educado y atento, sorprendiendo a Elizabeth con su trato jovial,

caballeroso y buenos modales. Es evidente que Darcy aún está interesado en Elizabeth y trata de cambiar la primera impresión que causó en ella.

Este suceso es sumamente importante en el desarrollo de la relación entre Elizabeth y Darcy, así como el manejo que hace Elizabeth para con su feminidad. En cuanto al primer punto, su impresión de Pemberley es una con la que podría describir a su propietario. Destaca la importancia de la construcción, como resalta entre la naturaleza, pero no es ostentoso ni rimbombante, su belleza es de lo más natural. Esto podría ser una metáfora referente al orgullo de Darcy, de su autenticidad. Elizabeth describe Pemberley como algo que llama la atención y la deja cautivada, no le permite pensar en otra cosa. Lo mismo le sucede con Darcy. Sus prejuicios se van desvaneciendo a medida que se inmiscuye en la vida privada de Darcy, y sin darse cuenta, empieza a enamorarse de él.

Cuando ambos se encuentran, como ninguno sabía que el otro estaría ahí, se avergüenzan y se ruborizan. No son necesarias las palabras en este momento porque su cuerpo está hablando por ellos, y es evidente que ambos tienen un efecto sobre el otro. Como ya han aclarado las cosas, su trato cambia, Elizabeth se vuelve más reflexiva y se guarda sus opiniones para sí misma si no tiene los detalles necesarios para emitir un juicio, y Darcy empieza a ser más sereno y dulce, mostrándose más humilde y delicado.

Jamás había advertido tal sencillez en sus modales, nunca le había oído hablar con tanta gentileza como en aquel inesperado encuentro. ¡Qué contraste ofrecía con la última vez que se había dirigido a ella, en el parque de Rosings, para entregarle la carta! No sabía qué pensar ni cómo interpretar todo aquello.
(Austen, 2015, p. 349)

Elizabeth quedó aún más impactada cuando Darcy le pidió de favor que conociera a su hermana. Elizabeth tenía muy presente la estima que Darcy tenía hacia su hermana y se sintió honrada de que este la considere tanto como para sentirse obligado a presentarlas. Elizabeth aún no logra comprender el porqué de las atenciones de Darcy hacia ella, pero sin darse cuenta, estaba muy preocupada por cumplir con las expectativas que Darcy tuviese sobre ella, y esto se evidencia en su nerviosismo por conocer a Miss Darcy, puesto que teme no agradarle a esta sabiendo lo importante que resultaría su opinión para su hermano. Sin embargo, las cosas marchan tan bien, y Elizabeth nota en Darcy un interés tan grande por agradarle, no solo a ella, sino que también a sus familiares, que termina convencida de que este aún la ama, y más importante aún, que ella lo ama a él.

Semejante cambio en un hombre tan orgulloso no sólo movía a asombro, sino a gratitud, pues no podía por menos que atribuirse a un amor ardiente. Por eso en aquel momento estaba segura de que lo respetaba, lo estimaba, le estaba agradecida, sentía un verdadero interés por su felicidad, y sólo le faltaba saber hasta qué punto deseaba que esa felicidad dependiera de ella y si podía contribuir a la dicha de ambos el que emplease el poder [...] de arrastrarlo a renovar su proposición. (Austen, 2015, p. 363)

En este momento, Elizabeth se percata de tres cosas: 1) está enamorada de Darcy; 2) sabe que hay algo en ella y en ella solamente que es capaz de persuadir a Darcy a renovar su proposición y no debe intentar acoplarse a lo que piensa que Darcy tal vez esperaría de ella sino que basta con ser ella misma; 3) el amor dice mucho de su goce, de su miedo a la pérdida, pérdida de algo que sabe que no tiene, pero que de todas formas da.

Elizabeth se da cuenta de que su opinión sobre Darcy ha cambiado por completo y considera que, si este decide volver a proponerle matrimonio, lo aceptaría sin pensarlo dos veces. Este convencimiento solo se afianza cuando descubre que, gracias a Darcy, su familia no deberá sufrir las consecuencias de la unión imprudente de una de sus hermanas menores con Wickham, puesto que Darcy pagó a este último para que accediese a casarse con ella luego de que se fugaran. Elizabeth está completamente segura de que el único motivo por el cual Darcy accedió a hacer esto es porque aún la ama. Además, Bingley regresa a Longbourn a pedirle matrimonio a Jane, y Elizabeth está convencida de que Darcy tuvo algo que ver en este suceso luego de la conversación que tuvieron sobre los sentimientos de Jane hacia Bingley y la influencia de Darcy sobre este último. Todos estos acontecimientos hacen que Elizabeth considere a Darcy como el hombre que, en disposición y talento, sería el más adecuado para ella, teniendo también en cuenta cómo ella sería alguien de quien él se podría beneficiar con sus talentos y virtudes.

Lizzy empezó a comprender que él era el hombre que por su situación y talento más le habría convenido. Su inteligencia y su temperamento, aunque muy distintos de los de ella, habrían colmado sus deseos. Habría sido una unión ventajosa para ambos: con la soltura y viveza de ella el carácter de él se hubiese dulcificado y sus modales mejorado, y del juicio, cultura y conocimiento del mundo que él poseía ella hubiese recibido importantes beneficios. (Austen, 2015, p. 413)

Elizabeth no busca colmarse con lo que le falta ni con lo que Darcy necesita para llamar su atención, sino que piensa, desde su falta, su castración, cómo la unión entre ambos puede resultar beneficiosa y gratificante. No quiere falicizarse, sino al contrario, darse como es, con lo que no tiene, porque fue esto lo que atrajo a Darcy hacia ella. Ambos tienen una falta que solo el otro puede complementar, el uno en el otro. Ella no es La mujer perfecta, La esposa ideal que busca cualquier hombre, ella es la mujer que Darcy quiere para él, y coincidentemente, él es el hombre que ella desea para ella, porque supo ver a través de sus carencias y aún así sintió una inclinación hacia ella.

La referencia a La mujer se hace presente una última vez cuando Lady Catherine visita a Elizabeth con la intención de hacerla desistir en caso de que su sobrino, Mr. Darcy, decida proponerle matrimonio, haciendo hincapié que dicha unión solo deshonoraría a Darcy por la condición social de Elizabeth, su falta de educación y de atributos, los cuales sí tiene su hija, a quien pretende unir con su sobrino. No obstante, Elizabeth no da su brazo a torcer y le hace entender que a ella no le importa cumplir con las expectativas de nadie y que lo único que la ata a Darcy es el amor que ambos sienten por el otro. Luego de este enfrentamiento, Darcy renueva su propuesta y Elizabeth acepta, dejando claro que se casa por amor, más que por cualquier otro beneficio que pueda o no obtener de su unión con un hombre como Darcy.

Viñeta Clínica

Elizabeth es una joven que proviene de una familia numerosa, de buen apellido, pero humilde en cuanto a sus propiedades y pertenencias. Sus padres no ejercen autoridad alguna sobre ella ni sus hermanas, y estas últimas, salvo por su hermana mayor Jane, se dejan llevar por los placeres materiales de la vida. Elizabeth es conocida por su carácter animoso, impertinencia e inteligencia, atributos de los cuales ella también se jacta dejando claro que es superior a los demás miembros de su familia. Elizabeth es respetada y admirada, al igual que su hermana Jane, y son consideradas como el mejor partido de la familia Bennet. Elizabeth señala que mientras ella destaca por su vivacidad, su hermana resalta por su belleza, gentileza y amabilidad.

Un día, la familia Bennet es invitada a un baile de bienvenida organizado por un caballero que se ha acomodado en la ciudad, y es ahí donde Elizabeth conoce a Fitzwilliam Darcy. Bingley impulsa a Darcy a invitar a Elizabeth a bailar, pero este se rehúsa, hiriendo los sentimientos de Elizabeth. Más allá del rechazo inicial, el orgullo de Elizabeth se ve comprometido. Ella, sabiéndose superior a la gran mayoría de las mujeres que se encontraban en el baile, no pudo tolerar ser rechazada de tal manera por un hombre que ni si quiera la conoce, sin considerar que esto pudo ser parte de su decisión en primer lugar, así que decide tacharlo de grosero, antipático e impasible.

A partir de ese momento, Elizabeth no puede sacar a Darcy de sus pensamientos. Por más que lo tenga presente de forma negativa, lo tiene presente, y el efecto que sus palabras tuvieron sobre ella son un constante recuerdo de que está lejos de ser perfecta. Aquello de lo que se jacta solo sirve para cubrir eso que no tiene, y en ese entonces, Elizabeth no estaba lista para afrontarlo, por lo que decide denigrar a Darcy como el más vil de sus conocidos y encontrando consuelo en saber que no es la única que piensa así de él.

Lacan toma la incompletitud de las mujeres como una inconsistencia que da lugar a un espacio abierto, el espacio del no-todo, que se define por su imposibilidad de cercar una totalidad (Lutterbach, 2012, p. 63), sin embargo, no por esto excluye a las mujeres del universal fálico de la castración. Es curioso en cierto modo, puesto que no están afuera, pero tampoco están completamente sometidas a la ley simbólica por su imposibilidad de simbolización. Es como si se supieran siempre en falta, pero están de cierto modo mitigadas por la castración. Esta suele estar regulada por el fantasma, el cual tiene la función de velar la sustracción del objeto a al mismo tiempo que velar lo que se proyecte sobre él. Cuando esto no sucede, surge

la angustia (Lutterbach, 2012, p. 74). En Elizabeth se puede apreciar cómo su fantasma se debilita cuando Darcy la rechaza. Aquello que ella misma proyectaba sobre su falta se desvanece y se encuentra con un agujero que ya no solo es percibida por ella misma, sino también por los demás.

“Una mujer no nace mujer. Entre *las* mujeres, ella se vuelve *una* por una elección forzada” (Laurent, 2016, p. 8). Es el Otro quien la di-fama, que la dice mujer. Por eso se habla de una elección forzada. Elizabeth, a diferencia de las otras mujeres de la historia, pone en sus manos su elección subjetiva, elección de qué hacer con su vida, con su modo de operar con la feminidad, haciendo caso omiso a los estándares establecidos por una sociedad que homogeniza de cierta forma el ideal de ser mujer (el cual se cumple únicamente siendo esposa), dejando de lado los intereses particulares de cada una.

El fantasma de Elizabeth se reestructura completamente luego de que Darcy le diera una carta en la que justifica su comportamiento. El efecto que esto tiene sobre Elizabeth es brutal, puesto que no solo queda confundida en cuanto a lo que siente verdaderamente por Darcy, sino que asume por primera vez la responsabilidad de sus actos imprudentes, de sus juicios injustos y se acepta como imperfecta. “*Hasta este momento no he logrado conocerme a mí misma*”, y es por Darcy, por el Otro, que le llega esta realización. “¡Yo, que me enorgullecía de mi inteligencia! ¡Yo que tantas veces he [...] halagado mi vanidad con celos inútiles o censurables! ¡Qué humillante es este descubrimiento!, pero ¡cuán merecida esta humillación! Ni aun enamorada habría sido desdichadamente ciega” (Austen, 2015, p. 303). Si se analiza detenidamente esta cita, se puede inferir que Elizabeth no se regocija en su error, no busca justificarse ni censurarse como en ocasiones anteriores lo había hecho, sino más bien, sufre, porque le hace frente a su castración, pero no sufre por saberse castrada, más bien sufre, por haberse engañado durante tanto tiempo. Por eso hay un resquebrajamiento en su fantasma, porque al mismo tiempo, se da una reestructuración que le permite dar cuenta de su deseo. Ya no se trata de un fantasma petrificado por las posiciones femeninas tradicionales por las que inconscientemente se veía atada, sino más bien, se trata de un fantasma que dice algo de su ser de sujeto y de su deseo particular como tal.

El amor tiene un papel fundamental en el recorrido de Elizabeth hacia su encuentro con la feminidad, puesto que guarda relación con la falta. Lacan lo define como “dar lo que no se tiene” tomando como referencia el *Banquete* de Platón (Tendlarz, 2013, p. 108). Volviendo a

Elizabeth, se explicará a continuación la dialéctica del amor que se da entre ella como *erastés* (la amante) y Darcy como *eromenós* (el amado).

Elizabeth, como la que ama, es la que está en falta, la que no tiene, pero de igual forma, da. Darcy, como el amado, está ubicado del lado del tener, como ese *a*. Ambos manifiestan su falta de forma distinta, Elizabeth por el lado de la falta en ser y Darcy por el lado de la falta en tener. “Es condición del amor que el sujeto entregue su falta” (Tendlarz, 2013, p. 109). Si Elizabeth no se hubiese asumido en falta, como castrada, jamás hubiera podido amar a Darcy, puesto que no estaría en posición de dar, sino de tener, y en el amor, cuando se está en la posición del tener, debe renunciar a esta para pasar a la del amante. Darcy hace esto cuando adopta una nueva actitud hacia Elizabeth luego de que esta le deja claro lo que le molesta de él. “La demanda de amor es demanda de castración, porque para amar hay que mostrar la falta. En el amor lo que se le pide al *partenaire* es que muestre su falta” (Tendlarz, 2013, p. 109). Elizabeth muestra su falta cuando se avergüenza por lo injusta que ha sido con Darcy y adopta una actitud más reflexiva y cauta frente al mundo, y Darcy muestra la suya cuando se le declara a Elizabeth, y a pesar de que no haya sido la declaración más romántica, pone en evidencia cómo no puede seguir ocultando sus sentimientos hacia ella.

Ambos asumen su castración. Darcy empieza a jugar con el deseo de Elizabeth, lo cual es una buena estrategia si se tiene en cuenta que “el deseo de la mujer es suscitado por el deseo del hombre en la medida en que se confronta con los signos de ese deseo” (Tendlarz, 2013, p. 116). Una de las razones por las que Elizabeth rechaza a Darcy en un primer momento es por la falta de tacto, de interés que este mostraba hacia ella: “[...] por qué se ha propuesto ofenderme e insultarme diciéndome que me ama contra su voluntad, contra su buen juicio y aun contra su carácter” (Austen, 2015, p. 283). Elizabeth no se siente atraída por este Darcy pedante que se galardona de su posición fálica, es más bien, cuando este se muestra vulnerable, humilde, en falta, que Elizabeth se empieza a enamorar de él, puesto que ahí es cuando convergen amor y deseo en el mismo objeto. “La demanda de amor es en definitiva una demanda de castración” (Tendlarz, 2013, p. 119). La relación entre Darcy y Elizabeth se constituye a partir de lo que al otro le falta, porque solo dándose mutuamente lo que no tienen, logran realmente discernir la intensidad del amor que sienten el uno con el otro. Se quieren precisamente por lo que no son y por lo que no tienen.

Para la mujer, el miedo a la pérdida del amor es equivalente al miedo a la castración en el hombre. El hacerse amar funciona como una de las tres salidas del Edipo femenino en tanto

que, al hacerse amar, recibe de cierta forma el falo por medio de la metáfora del amor de su amante (Tendlarz, 2013, p. 173). El amor es una solución por el lado del *partenaire*, ya sea como investimento fálico del amor, al ser tenida a través del órgano del hombre, o fetichizando el pene y obteniendo así el falo añorado. Hay, así, una duplicidad en lo que respecta a la convergencia femenina del objeto de amor y de deseo. Por un lado, su deseo se dirige al órgano del *partenaire*, mientras que la demanda de amor se dirige a la falta del Otro. Se trata de desear y hacerse desear. Al hacerse desear se ubica como objeto y recibe el falo con la metáfora amorosa, y así se garantiza el falo que le falta (Tendlarz, 2013, p. 174).

Hay que tomar a consideración que el deseo de las mujeres gira en torno a la pregunta por su goce particular. El volverse mujer tiene que ver con su relación con el goce. El Otro, el *partenaire* es importante porque castra, y “la castración obliga a encontrar el complemento de goce en el Otro que toma parte de ese goce y le da la significación de la castración” (Tendlarz, 2013, p. 177). Para uno gozar, debe pasar por el Otro, puesto que a este se le cede una parte del goce y lo atempera.

La falta en el Otro es, para las mujeres, de suma importancia debido a que se relaciona con su propia infinitud. El goce en las mujeres es un goce que exige, que necesita palabras, ser hablado y amado. El amor está enlazado al goce ya que ambos son ilimitados y se determinan en su indeterminación. “El deseo pasa por el amor que comporta la anulación del tener del Otro” (Tendlarz, 2013, p. 178). La barradura del Otro es importantísima para las mujeres porque solo si el Otro está en falta podrán sentirse deseadas. Si el Otro está completo, la mujer es innecesaria, si la mujer es La mujer, no desearía ni demadara, pero ambos en falta pueden ofrecerse lo que no tienen para colmarse de lo que no serán al recibir lo que el Otro no les podrá dar.

La indignación de Elizabeth hacia Darcy, como ella lo señala desde un primer momento, tiene que ver con una herida narcisista que este le produjo con su rechazo, la cual solo fue acrecentada con su subsiguiente propuesta matrimonial, en la que él mismo se galardonaba mientras a ella, sin darse cuenta, la humillaba. Darcy se mostraba como Otro completo, no barrado, frente a una Elizabeth que ya se sabía en falta, y es por esto que al principio le parecía inconcebible relacionarse con un hombre así. Más allá de lo insultante que resultaban sus motivos para casarse con ella, no la hacían sentirse necesitada ni deseada. Elizabeth quedó confundida cuando Darcy le declaró su amor porque ella no encajaba, no tenía un lugar. Para

amar hay que dar lo que no se tiene, pero al principio, Darcy lo tenía todo, y Elizabeth, como era de esperarse, no estaba interesada en una totalidad.

La mujer, en su condición de no-toda, está afectada por la función fálica, al mismo tiempo que no lo está. Es por esto que cada mujer elabora sus propias soluciones femeninas ante su encuentro con la ausencia de significación, tomando el falo como referencia simbólica ajena. “El psicoanálisis inaugura una lógica [...] para pensar la inexistencia de “La mujer” y [...] abre la posibilidad de que cada una invente su solución femenina a dicha inexistencia” (Camaly, 2017, p. 139). La feminidad “normal” tiene que ver con poder tramitar el goce que no cesa al mismo tiempo que saber hacer con el propio rechazo a la feminidad, entendiendo este último como la asunción de que no hay La mujer, no se es ni se será nunca La mujer, y hay que arreglárselas con esta verdad. Cada mujer debe encontrar una propia solución posible con respecto a su posición como mujer desde su particularidad. Solo tras encontrar una buena salida al *impasse* de la sexualidad, se podrá hablar de haber alcanzado una feminidad normal donde a partir de la falta en ser, cada mujer podrá asumirse como tal, como única.

Conclusiones

Freud articulaba todo lo concerniente a la problemática de la feminidad en torno a la envidia del pene, argumentando que la envidia fálica era el núcleo del resentimiento en las mujeres con relación al no tener. Específicamente en la histeria, Freud señala que la mujer niega la falta fálica y la sustituye en cierto modo por medio de una identificación con la madre o el padre. “[...] la histeria recurre a la identificación viril para responder a su pregunta acerca de qué es una mujer [...]” (Tendlarz, 2014). La feminidad “normal” en Freud no es del todo certera puesto que también encuentra su solución en el tener, solo que, en lugar de hacerlo por la vía de la identificación, lo hace por la vía de la sustitución (Fuentes, 2002, pp. 2-3). El error de Freud radica en considerar que la problemática de la sexualidad femenina es netamente falocéntrica y que se articula únicamente en el orden del tener, y en el del ser.

Lacan introduce una nueva modalidad de goce que permite definir lo esencial de la cuestión de la feminidad. El goce suplementario o goce Otro es diferente del goce fálico, puesto que este último es un goce que limita en tanto significante, ya que supone una pérdida que concierne a la castración. La mujer, a diferencia del hombre, no está completamente sometida a la función fálica, y es aquí donde se introduce la lógica del no-todo, entendiéndola no como algo incompleto, sino como algo que no permite formar un todo. El goce no-todo es entonces aquel que no se puede simbolizar ni significantizar. Es un goce que sobrepasa a la mujer. Para Lacan, la mujer está afectada por una doble división: por un lado, está el goce fálico, que la divide y la causa; por otro lado, está este goce Otro que la sobrepasa (Fuentes, 2002, pp. 3-4).

En Elizabeth se pueden evidenciar ambos tipos de goce en dos tiempos. El primero se da cuando Darcy la rechaza en el baile, sacando a relucir su falta cuando esté se muestra desinteresado. Esto afecta gravemente a Elizabeth. En ese entonces producía soluciones histéricas, fálicas, que le permitiesen hacer caso omiso a su falta en ser. En el momento en que Darcy le da a entender que su falta es visible, estas soluciones se vuelven obsoletas y podría decirse que en este momento comienza el recorrido de Elizabeth hacia la feminidad planteada por Lacan. Más adelante, el goce Otro se hace visible en Elizabeth cuando esta acepta sus sentimientos por Darcy y comienza a tratarlo por la vía del amor.

El goce suplementario, en tanto no significantizable, ubica a cada mujer como única, como una en menos. Esto es lo que define la relación de un hombre con una mujer, puesto que, para cada hombre, hay una mujer que está en menos y la hará única, la única para él. Lacan establece así la importancia del amor en el goce femenino.

[...] en el amor, para una mujer ser amada, anula momentáneamente la castración y por eso perder el amor es equivalente a un efecto de castración. Pero desde el momento en que el amor anula la castración desinviste los objetos, ya que estos están investidos sólo como compensación de la castración. (Fuentes, 2002, p. 8)

Jane y Elizabeth dan cuenta de cómo cada mujer que va por la vía de la feminidad “normal” es única. Ambas encuentran sus respuestas por la vía del amor, pero cada una desde su particularidad. Jane, desde el principio, fue la única mujer en captar la atención de Bingley. Nadie entendía por qué. Si bien es cierto, era considerada una mujer hermosa y educada, pero su condición social no era compatible con la de Bingley. No obstante, este último veía en ella algo que hizo que se enamorara por completo, lo mismo que sucedió con ella con respecto a sus sentimientos hacia él. El amor que ambos sentían era suficiente para obviar su castración. Elizabeth y Darcy también encuentran sus respuestas ante la castración por la vía del amor, pero estos, en cambio, se enamoran de la falta en el Otro, de sus imperfecciones, y cuando ambos se disponen a entregar su castración es que el amor se vuelve recíproco y suficiente para anular esa falta.

La diferencia entre histeria y feminidad radica en el amor. Para la histérica, todo consiste en velar la falta, ya sea por la vía de la identificación o sustitución, invistiendo objetos para compensar la castración: “[...] la histérica se detiene en la identificación viril con las insignias del Otro a nivel de lo imaginario, en una puesta en escena fantasmática para sostener el deseo del Otro” (Tendlarz, 2014). La feminidad normal, según Lacan, encuentra sus soluciones por la vía del amor. Su condición no significantizable lo hace infinito en sus respuestas, dándole así una función de límite que permite aceptar al mismo tiempo que tolerar la falta en ser y la falta en el Otro. “[...] lo esencial de la feminidad es ese goce que escapa a las palabras y que promueve la infinitud [...]” (Fuentes, 2002, p. 8). Las palabras del amor son solo un intento de querer darle sentido a eso que no se puede simbolizar por su condición de infinito. Es por esto que son de suma importancia para las mujeres. Dejan cabida a algo más, y es ese más lo que la mujer, en su condición de no toda, pide constantemente.

Este contraste entre las soluciones histéricas y las soluciones de la feminidad se evidencian con Charlotte, Lydia, Elizabeth y Jane. Charlotte abiertamente comenta que para ella el amor no es importante, mas una buena vida con un esposo que la mantenga y dé renombre a su familia serán suficientes para mantenerla interesada. Es evidente que su matrimonio con

Mr. Collins es por un interés mutuo más que por la atracción que puedan sentir entre sí. Mr. Collins necesitaba una esposa para que su estatus social crezca a los ojos de su matrona y Charlotte quería que se la considere parte de algo importante. Es una respuesta histérica, fálica, para velar su castración. El caso de Lydia es similar. Ella se casa con Wickham porque este es militar, y a ella solo le interesan los militares por lo reconocidos que estos puedan llegar a ser por sus labores. Es la mascarada femenina en la histeria. El caso de Jane y Elizabeth va por el lado de la feminidad normal y sus soluciones ya han sido detalladas previamente, pero tienen que ver con el amor y cómo este afecta singularmente el goce de cada una.

El amor también funciona como límite con su cara de angustia, la cual surge del miedo a perder el amor. La mujer buscará siempre ser la única para un hombre: la única que responda a su inconsciente y capaz de encajar dentro de su deseo y de su goce (Fuentes, 2002, p. 10). Como solo el amor permite al goce acomodarse al deseo, es necesario que siempre sea recíproco ya que es la única forma de acceder al Otro y así seguir ignorando el vacío con el que uno se encuentra cuando lo simbólico deja de ser suficiente (Freiría, 2013, p. 4).

Cabe destacar que para las mujeres, amor y deseo convergen en un mismo objeto y es aquí donde radica su demanda de hacerse amar y desear. No es, como en la histeria, para tener el falo, ya que en cierto modo lo reciben por medio de la metáfora amorosa. Hay, más bien, una especie de duplicidad, debido a que mientras su deseo se dirige al pene del *partenaire* cobrando valor de fetiche, su demanda es dirigida a la falta en el Otro, ya que, según Lacan, el *partenaire* ideal para una mujer es aquel que es capaz de entregar su falta y amar (Tendlarz, 2014). Por eso, hay una diferencia entre la relación con el hombre con respecto a la histeria y con respecto a la feminidad. Lacan comenta que el hombre ayuda a que la mujer se vuelva Otro para sí misma así como lo es para él (Lacan, 2009, s.p.). “El relevo del hombre, su mediación, le permite a la mujer alcanzar la alteridad radical que representa su feminidad” (Tendlarz, 2014). Gracias a Darcy, Elizabeth pudo verse como Otra para sí misma y hacerse cargo de su falta.

En la histeria sucede que el sujeto histérico se identifica a un ideal, por lo que no hay manera de alcanzar al Otro en tanto se vuelve un Uno fálico. También sucede en la histeria que se introduce una mujer otra en el lugar del Otro, pero como se la ubica como respuesta en la posición del enigma femenino, no se interroga el misterio de la feminidad, la alteridad propia. La histérica no usa al hombre como relevo para alcanzar al Otro como sucede en la feminidad normal (Tendlarz, 2014).

Entonces, mientras en la histeria la posición femenina recae sobre el investimento fálico de la falta, en la feminidad la elección del *partenaire* recae sobre quien esté dispuesto a entregar su castración. De esta manera, la histeria tiene que ver con la excepcionalidad, ser LA única. En cambio, en la feminidad hay un carácter de exclusividad: “ser la única para ALGUIEN”, no para todos. ““Ser la única para” guarda una dirección, fija al objeto y se incluye en la demanda de amor. Esto se aprecia cuando Elizabeth sueña con que la felicidad de Darcy dependa de ella y de nadie más que de ella. “Ser excepcional”, la única, deslocaliza al objeto y reenvía al sujeto al motor que pone en marcha la construcción de la mascarada” (Tendlarz, 2014).

La mascarada femenina puede ser abordada desde los tres registros. En lo imaginario expresa las imágenes que se superponen sobre el cuerpo y queda en relación con el narcisismo femenino. En lo simbólico traduce la acción del discurso sobre el sujeto en su esfuerzo por parecer-ser mujer. Y en lo real se anuda a un goce específico. (Tendlarz, 2009)

Se recuerda que tanto en la histeria como en la feminidad, la mascarada tiene distintas funciones. En la primera se trata de velar la falta por medio de una identificación viril con el fin de ocultar la castración imaginaria y en la feminidad se preserva la falta para producir el amor y deseo del *partenaire* tomando sus respuestas singulares.

Todo *partenaire* es, o debería ser, un síntoma. Lacan, citado por Tendlarz (2009), destaca la importancia del *sinthome* en la no-relación sexual, puesto que es el *sinthome* lo que sostiene en cierto modo la relación con el otro sexo en tanto funciona como semblante a nivel de lo real, haciéndole creer al sujeto que hay algo ahí donde realmente no hay nada. Por eso, para que dos sujetos se conviertan en una pareja, es importante que ambos estén al tanto de su castración, como sucede con Darcy y con Elizabeth. La castración es la que abre la posibilidad de que haya un encuentro por medio del objeto *a* bajo la modalidad del plus de goce que se obtiene en el *partenaire*. Es una forma de dar sentido a la castración, la cual da cuenta de que para gozar es necesario pasar por el Otro y ceder algo del goce Uno para encarnar el síntoma que será la cobertura del objeto *a* de su fantasma. La no relación sexual hace que la unión de los seres hablantes se dé a nivel de goce, el cual resulta sintomático por su dimensión de alteridad (Tendlarz, 2009).

El modo de gozar en las mujeres exige una demanda de amor en la que es necesario que el *partenaire* les hable y les diga que las ama.

Lo ilimitado del goce determina lo ilimitado de la demanda de amor. Por amor las mujeres franquean un límite, fálico, que convoca un goce suplementario y, al hacerlo, gozan de la demanda de amor, relanzan su goce y quedan apresadas en el circuito que las abate. (Tendlarz, 2009)

El amor es lo que hace que el *partenaire* se convierta en único, destaca su singularidad y anuda en él amor, deseo y goce.

La obra *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen y la variedad de personajes que esta contiene, más que todo las mujeres, permitió que se plasmaran diversas formas de abordar la feminidad en este proyecto de investigación, destacando la singularidad de cada una y su modo de hacer frente a la falta. Elizabeth Bennet sirvió como gran ejemplo de una mujer que, al ser expuesta a su castración, pudo, con sus respuestas particulares, hacerle frente a su goce, al enigma de la sexualidad femenina y a la pregunta por el qué es ser mujer. Aunque no se lo diga de forma explícita, el objetivo de esta investigación consistió en destacar el valor literario con el que se describe la vida de los personajes, de Elizabeth principalmente, tomando como referencia sus pensamientos, sus creencias, sus palabras, y todo lo que a esta concernía para elaborar una viñeta clínica en la que se ilustró su recorrido por la feminidad al articularlo con la teoría psicoanalítica referente a este tema. Se espera con esto que se realicen nuevos trabajos investigativos que aprovechen la riqueza de personajes aclamados de la literatura y así, de cierto modo, lograr un acercamiento a la comprensión del ser como sujeto.

Recomendaciones

Se espera que con la elaboración de este trabajo de investigación surjan nuevos estudios o proyectos en los que se plasme la relación íntima entre el Psicoanálisis y la Literatura y se aprovechen al máximo las particularidades de los personajes que puedan contribuir en dilucidar una tesis o caracterizar una estructura. La literatura es una herramienta de análisis poderosa que permite que se conozca la forma en que los síntomas evolucionan, específicamente en este caso se ilustra la manera en que histeria y feminidad eran vividas en otro tiempo. Su relación con el psicoanálisis podría traer muchos beneficios, puesto que este último permite analizar cómo los sujetos experimentan los síntomas de cada época.

De igual modo se espera que se aborde y se perfeccione el uso de viñetas clínicas para presentaciones de casos clínicos, puesto que se considera que abarcan de manera eficiente, breve y completa la articulación de la teoría necesaria para dar cuenta de la o las ideas que se pretenden ilustrar con la historia y el abordaje del caso propuesto.

En cuanto a los temas abordados, es necesario que se sigan analizando casos que contrasten histeria y feminidad, pues así se comprenderá más acerca de la singularidad de las mujeres, la inexistencia de La mujer, el goce suplementario y cómo lo vive cada una y las diversas respuestas que una mujer puede o no elaborar con respecto a la pregunta por la feminidad.

Referencias bibliográficas

- Arca, G., Bousoño, N., Mazzoni, Y., & Naparstek, F. (2016). Histeria, feminidad y locura en los tiempos del Otro que no existe. *Anuario de Investigaciones*, 33-37.
- Austen, J. (2015). *Orgullo y prejuicio*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Brodsky, G. (2004). *Clínica de la sexuación*. Bogotá: Serie Enseñanzas.
- Camaly, G. (2017). *Los impasses de la feminidad: goces y escrituras*. Olivos: Grama ediciones.
- Cors, R. (2013). Lacan en femenino. *Virtualia* #27, 121-123.
- Freiría, A. (2013). De la posición histérica y su relación con la feminidad. *Revista Freudiana*, 1-6.
- Freud, S. (1986). *Obras Completas. Volumen I*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1986). *Obras Completas. Volumen IX*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1984). *Obras completas. Volumen XIV*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Fuentes, A. (2002). El goce de la ausencia. *Revista Freudiana*, 1-13. Obtenido de Revista Freudiana.
- Hernández, R. (2014). *Metodología de la investigación*. México D. F. : McGraw Hill Educación.
- Hernández, R. (2014). *Profundización en temáticas de la investigación cualitativa*. México D. F.: McGraw Hill Educación.
- Lacan, J. (1969). *El seminario. Libro 16. De un Otro al otro*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1973). *El seminario. Libro 20. Aún*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009). *Escritos*. México D.F.: Siglo veintiuno editores.
- Laurent, E. (2016). *El psicoanálisis y la elección de las mujeres* . Buenos Aires: Tres Haches.
- Lutterbach, A. (2012). *La erótica y lo femenino*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Münch, L., & Ángeles, E. (1998). *Métodos y técnicas de investigación* . México D. F.: Trillas.
- Pérez, J. (1998). Elementos para una teoría de la lectura. *Sobre el texto*, 239-244.

- Rojas, R. (2018). *Sugerencias para la construcción de viñetas clínicas desde la Orientación Psicoanalítica* [Material de clase]. Prácticas Pre-Profesionales, Universidad Católica Santiago de Guayaquil, Guayaquil, Ecuador.
- Salman, S. (2013). Un real femenino. *Virtualia* #27, 33-34.
- Schejtman, F. (2012). *Elaboraciones lacanianas sobre la neurosis*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Sparknotes. (s.f.). *Pride and Prejudice: Characters*. Recuperado de Sparknotes: <https://www.sparknotes.com/lit/pride/character/elizabeth-bennet/>
- Tanner, T. (2015). Introducción. En J. Austen, *Orgullo y prejuicio* (págs. 9-59). Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Tarrab, M. (2012). Prólogo. En A. Lutterbach, *La erótica y lo femenino* (págs. 9-12). Buenos Aires: Grama ediciones.
- Tendlarz, S. (2013). *Las mujeres y sus goces*. Buenos Aires: Colección Diva.
- Tendlarz, S. (2009). *Las mujeres y el amor, entre semblante y sinthome*. Recuperado de Silvia Elena Tendlarz: <http://www.silviaelenatendlarz.com/index.php?file=Articulos/Las-mujeres-y-el-amor/Las-mujeres-y-el-amor-entre-semblante-y-sinthome.html>
- Tendlarz, S. (2014). *Relaciones y diferencias entre la histeria y la feminidad*. Recuperado de Silvia Elena Tendlarz: http://www.silviaelenatendlarz.com/index.php?file=Articulos/Las-mujeres-y-el-amor/14-00-00_Relaciones-y-diferencias-entre-la-histeria-y-la-feminidad.html
- The Jane Austen Society of North America. (s.f. de s.f. de s.f.). *A Brief Biography*. Recuperado de JASNA: <http://www.jasna.org/austen/>
- Vieira, M. (2014). Mujer: Figura imposible (o "en el litoral"). En M. Cárdenas, *Bitácora Lacaniana* (págs. 23-28). Olivos: Grama ediciones.



**Presidencia
de la República
del Ecuador**



**Plan Nacional
de Ciencia, Tecnología,
Innovación y Saberes**



DECLARACIÓN Y AUTORIZACIÓN

Yo, **DONOSO PUYOL, DOMÉNICA MORELA**, con C.C: # **0925500845** autor/a del trabajo de titulación: **CONSTRUCCIÓN DE LA FEMINIDAD DE ELIZABETH BENNET EN LA NOVELA ORGULLO Y PREJUICIO DE JANE AUSTEN** previo a la obtención del título de **LICENCIADA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA** en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tienen las instituciones de educación superior, de conformidad con el Artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de titulación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la SENESCYT a tener una copia del referido trabajo de titulación, con el propósito de generar un repositorio que democratice la información, respetando las políticas de propiedad intelectual vigentes.

Guayaquil, 13 de marzo de 2019

f. _____

Nombre: **Donoso Puyol, Doménica Morela**

C.C: **0925500845**



Presidencia
de la República
del Ecuador



Plan Nacional
de Ciencia, Tecnología,
Innovación y Saberes



SENESCYT

Secretaría Nacional de Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación

REPOSITORIO NACIONAL EN CIENCIA Y TECNOLOGÍA

FICHA DE REGISTRO DE TESIS/TRABAJO DE TITULACIÓN

TEMA Y SUBTEMA:	Construcción de la Feminidad de Elizabeth Bennet en la Novela Orgullo y Prejuicio de Jane Austen		
AUTOR(ES)	Donoso Puyol, Doménica Morela		
REVISOR(ES)/TUTOR(ES)	Rojas Betancourt, Rodolfo Francisco		
INSTITUCIÓN:	Universidad Católica de Santiago de Guayaquil		
FACULTAD:	Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación		
CARRERA:	Psicología Clínica		
TÍTULO OBTENIDO:	Licenciada en Psicología Clínica		
FECHA DE PUBLICACIÓN:	13 de marzo de 2019	No. DE PÁGINAS:	68
ÁREAS TEMÁTICAS:	Psicoanálisis, Literatura, Feminidad, Histeria, Amor		
PALABRAS CLAVES/KEYWORDS:	Feminidad, histeria, sexualidad femenina, goce, posición femenina, amor		
RESUMEN/ABSTRACT (150-250 palabras):	<p>El siguiente trabajo de investigación bibliográfica tiene como fin ilustrar las respuestas frente a la pregunta por la feminidad que tiene cada mujer en particular, tomando como referencia una obra literaria: Orgullo y Prejuicio de Jane Austen. Este libro fue escogido debido a que la mayoría de los personajes que conforman la historia son mujeres, y cada una evidencia de manera específica su manejo con lo que consideran debería ser o hacer una mujer. El planteamiento por excelencia sobre el cual se basa este trabajo es la famosa frase de Lacan “La mujer no existe”, ya que este se refiere a que no hay Una que sea La Ideal, sino más bien, cada una idealiza lo que considere debería ser, y en el mejor de los casos, toma de sí misma aquello que la hace una mujer logrando así edificar sus elecciones de objeto y de goce valiéndose de su propia falta en lugar de taponarla. Elizabeth Bennet, protagonista de la historia mencionada, hace un recorrido lleno de cuestionamientos sobre lo que le conviene y lo que no, a diferencia del resto de los personajes que parecen tener muy claro lo que son y lo que necesitan. Para ser mujer, es necesario preguntarse qué es una mujer. La obra literaria no plantea directamente esta pregunta, pero el fin de este trabajo consiste en realizar una viñeta puntualizando los momentos en los que Elizabeth se veía dividida entre sus creencias y elecciones y cómo esto la llevó a entender qué era lo que ella necesitaba para ser feliz como mujer.</p>		
ADJUNTO PDF:	<input checked="" type="checkbox"/> SI	<input type="checkbox"/> NO	
CONTACTO CON AUTOR/ES:	Teléfono: +593995451330	E-mail: domedonos@gmail.com domenica.donos@gmail.com	
CONTACTO CON LA INSTITUCIÓN (COORDINADOR DEL PROCESO UTE):	Nombre: Francisco Martínez Zea		
	Teléfono: +59342222024		
	E-mail: francisco.martinez@cu.ucsg.edu.ec		
SECCIÓN PARA USO DE BIBLIOTECA			
Nº. DE REGISTRO (en base a datos):			
Nº. DE CLASIFICACIÓN:			
DIRECCIÓN URL (tesis en la web):			